

**Audiolibro Cuerpos Y Almas M Van
Der Mersch Libro Segundo Segunda
Parte Cap Tulos 1 Al 3**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ¡Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Gerald Vasquez (Huntsville)** - - - - SEGUNDA PARTE. CAPÍTULO PRIMERO. En el centro de la ciudad se levanta, con una fachada imponente, la casa del doctor Gaspard Becquerel, diputado del Norte, consejero municipal y médico de los hospitales. Michel llamó a la puerta. Una doncella lo introduce en un salón muy moderno, donde butacas de caoba encarnada y tapizadas de seda color de hoja seca, ofrecen una disonancia de mal gusto con el rosa subido de las puertas y arrimaderos. Un momento después, la llegada de la esposa de Gaspard Becquerel pone fin al inventario de Michel. Es una mujer menuda y regordeta, de manos cortas y plebeyas. «Una antigua cocinera —advirtió Seteuil a Michel—. Una estupidez que cometió Becquerel». De lo que Michel se percata al oír las primeras palabras de la señora Becquerel: —¡Ah! ¿Es usted el sustituto? Pues bien, sí puede usted comenzar mañana mismo, tanto mejor... Gaspard ha salido esta mañana para París. Tiene que asistir a la Cámara... ¡Y tanto trabajo como hay aquí! ¡Cosa de locura! Entonces, hasta mañana. ¿O querrá usted comenzar esta tarde? —Acabo de llegar de París con mi mujer —explica Michel—. Aún tengo que instalarme y visitar algunos de mis colegas... —Pues hasta mañana. Venga usted —dice la mujer dirigiéndose al pasillo—. Le enseñaré el despacho de mi marido. Esta es la llave del armario donde guarda los libros. Una música infernal interrumpe el diálogo. Un chiquillo de diez años, soplando en una trompetilla de madera, pasa corriendo, zarandea a Michel y envía a la señora Becquerel contra la pared. La mujer intenta propinarle un tabanazo, pero él está ya fuera del alcance de su mano. Y continúa su marcha triunfal, a paso de carga, hacia el final del pasillo. —Este es el gabinete —dice la señora Becquerel—. Los clientes aguardan en la habitación contigua. La mayoría son obreros... El señor Becquerel —añadió como si hablara a un criado— es muy popular. Es nada menos que diputado... y consejero municipal... Ya se da usted cuenta, no hay que perder mucho tiempo con ellos. Todo lo que piden es una receta, y dos francos si se trata de un accidente de trabajo. En cuanto a las visitas, le advierto que hay que cobrarles en seguida. Los conozco bien y además soy quien cuida de la administración. —¿Y si no tienen dinero? —En este caso no hay receta. Es muy sencillo; usted no soltará la receta hasta que haya cobrado los quince francos... ¿Comprende usted? ¡Ah! Y otra cosa. Respecto a los que están inscritos en los seguros Sociales, o en el caso de accidentes de trabajo, recetas muy completas... De sesenta a ochenta francos. Y puede usted llegar a cien y ciento veinte. —¿Por qué? — ¡Caray! Para que no se las arreglen con cierto fármacéutico que ellos conocen... Eso es todo. Hasta mañana. ¿De acuerdo, señor Morouval? —Doutreval. —Ahí, sí, Doutreval... Hasta mañana... En el tranvía que le conduce hacia los suburbios de la gran ciudad industrial, Michel comienza a preguntarse si no le hubiera valido más renunciar a aquella suplencia. El tranvía le dejó al final del trayecto. Aquellos arrabales estaban aún a medio edificar. Aquí y allí veíanse todavía campos de labor, granjas y viejas casas de campo medio ocultas en el fondo de un parque. La morada del anciano doctor Richebourg, fallecido tres meses ha, y cuyo gabinete trataba Michel de levantar de nuevo, estaba situada al extremo de un sendero pedregoso, bordeado de sauces desmochados, como mojones. Vasto edificio de una sola planta, donde las habitaciones se sucedían en la misma dirección: cocina, comedor, salón, despacho, iluminadas a ambos lados por ventanas que daban al Este sobre el sendero y al Oeste sobre una huerta sin cultivar, cercado por un seto de espino blanco. Por las ventanas de las habitaciones se columbraban, a lo lejos, de un lado la ciudad con sus mil chimeneas elevando al cielo sus negras volutas y del otro las suaves ondulaciones de los campos, hasta la cercana frontera belga, y más en lontananza, la llanura belga jalonada de casitas de tejas de un vivo color rosado. La casa y la huera, aisladas y situadas en posición dominante no carecían ciertamente de un encanto

solitario, un poco agreste. Pero ¿lo apreciaría así la clientela? —El sitio no está del todo mal —háblele dicho Seteuil—. Viven allí muchos obreros que van a trabajar a la ciudad... Está también la destilería Lavaisne, el comercio de harinas Hesdelot, las hilaturas Lausefeld... Eso puede darte una primera base de trabajo. Creo que puedes salir adelante. Michel regresa a la casa por el sendero flanqueado de sauces. En la cocina, Evelyne está atareada en cubrir con papeles limpios los estantes de las alacenas. Besa a Michel y le mira de frente para ver si está contento. Como él sonríe y parece satisfecho, Evelyne se tranquiliza. Luego Michel se dedica a ordenar sus contados libros en los barnizados anaqueles de pino, en espera de la biblioteca de madera de olivo, como las dos que viera, regias y abarrotadas de ediciones raras, en el gabinete de su amigo Seteuil. Por la tarde, Michel efectúa algunas visitas de cumplido a los colegas de la comarca. En primer lugar a Rosselet, el decano de los médicos del cantón, un anciano digno y severo que continúa ejerciendo, pese a sus setenta y tres años, y a quien se ve marchar a pie, apoyado en su recio bastón —por amor a la profesión, asegura él, pero en realidad porque necesita aún procurarse el sustento—. Una acogida cordial y reconfortante que emociona a ese viejo cargado de preocupaciones. El doctor Templemars se muestra menos cordial. Simplemente vegeta. Aunque al parecer es un buen hombre, un nuevo competidor no deja de ser motivo de preocupación, sobre todo cuando se vive con tantas dificultades. Se esfuerza en ser amable, pero a pesar suyo reaparece su pesimismo: —Le costará a usted mucho —dice—. Nosotros mismos pasamos no pocos apuros. El hospital y los dispensarios lo acaparan todo. Incluso los ricos acuden allí. Y ello sin contar los curanderos como, por ejemplo, Breuil, el «brujo», que embolsa un millar de francos diarios hipnotizando a la gente; Maufray, el herbolario, que fabrica tisanas para combatir la flojedad de orina, la enfermedades de la mujer y las intoxicaciones de la sangre... Y aún Massouart, el farmacéutico de la calle Foch, que afirma aplicar la radioestesia y que cura a la gente moviendo un péndulo encima del paciente y vendiéndoles Dios sabes qué drogas radiactivas... No es competencia lo que falta. Ya tendrá usted ocasión de comprobarlo. Michel efectúa luego una breve visita a los farmacéuticos Vansteger y Massouart. Sin salirse de las recomendaciones hechas por Domberlé, tuvo interés en proporcionarles en seguida algunas pequeñas aclaraciones sobre la redacción de recetas. Y se explica a Vansteger exactamente del mismo modo que su maestro Domberlé le indicara: —Tengo por costumbre atender lo mejor posible a mis enfermos y recetarles lo más estrictamente indispensable. Quizá mis recetas le sorprendan por sus dosis reducidas, por cantidades que tal vez estime excesivamente insignificantes... Le ruego que no se extrañe de ello y despache mis recetas sin sorprenderse demasiado... en el fondo, no hará usted más que beneficiarse, porque por el mismo precio suministrará una mínima cantidad de sus productos... ¿Estamos de acuerdo? —En absoluto —dijo Vansteger, que parece hombre inteligente—. Por otra parte, sea dicho entre nosotros, no me gustan los que recetan por un quítame allá esas pajas... Me interesa, ¡claro! Ganarme la vida, pero no tengo, ¡Dios me libre!, la intención de intoxicar a la gente. En cuanto a Massouart, el farmacéutico radioestesista, Michel tiene la impresión de que se trata de un buen hombre, desgraciadamente encaprichado con sus historias de péndulos y de «brujerías»... De todos modos, parece muy sincero. Y trata de iniciar sobre las ondas y las varillas mágicas una discusión que Michel procura soslayar... Al día siguiente, a las ocho de la mañana, se presenta Michel en casa del doctor Becquerel. La señora Becquerel le entrega las llaves del garaje y del coche y le da una lista de los clientes que hay que visitar con urgencia. Michel saca el democrático «Citroen» del médico diputado y se pone en camino. La primera enferma, una muchacha de diecisiete años, obrera de las hilaturas Lausefeld, se provocó el aborto. La madre es cómplice, ya que insiste en que se efectúe una inmediata intervención. Hospital. Un esguince. Bronquitis. Hernia estrangulada... Gentes misérrimas hacinadas en hediondas casuchas, en tortuosas callejas que discurren en el corazón de la populosa ciudad. Camas con posibles parásitos, camisas sucias y agujereadas, pies pringosos, carnes sospechosas a las que uno se acerca conteniendo la respiración. Y en último término, el hospital, el hospital para todos. No hay otra solución. En casa de esas gentes no hay dinero, ni sitio, ni se dispone de tiempo, ni hay nada que permita atender a un enfermo ni siquiera por espacio de veinticuatro horas. ¡Vaya con la medicina! Cuando uno se inicia en ella no es posible, bajo tal aspecto comprenderla. Cuando Michel se adelanta por las callejuelas, asoman cabezas a puertas y ventanas, cochambrosas cabezas tocadas con gorros grasientos. No tarda en verse rodeado. —¿Quién es ese mequetrefe? —¿qué viene a hacer aquí? —Soy el suplente del doctor Becquerel —dice Michel. —¡Ah! Está bien. La gente se aparta y le dejan penetrar en las madrigueras. Al fondo de una de esas cortes de los milagros, se le conduce en presencia de un individuo completamente embriagado, tendido en una yacija y sucio a causa de sus propios vómitos. La familia reclama el permiso de hospitalización. Michel se niega a extenderlo. Acuden los vecinos. A poco Michel se ve rodeado por una muchedumbre hostil que exige el certificado de hospitalización. El tono de las voces va subiendo. Relampaguean los ojos. La amenaza es evidente. Cincuenta personas discurren y se excitan mutuamente. Algunos hombres levantan el puño hasta la nariz de Michel. La señora Becquerel no ha dado instrucciones para casos semejantes. Michel acaba por ceder y firma el ingreso al hospital. El corro se disuelve y le abren paso. Telefonea al hospital. Demasiado tarde.

—La ambulancia ha salido ya, doctor —le contesta una empleada, cuando al cabo Michel ha conseguido la comunicación—. Gracias, de todos modos. No se preocupe. Entendido. —¿Qué van ustedes a hacer? —¡Oh, tranquilícese usted! Depositaremos al borracho en una zanja, fuera de la ciudad. Ya estamos acostumbrados. En el gabinete de la casa de Becquerel, Michel recibe por las tardes a la clientela. Un peón se queja de una «dislocación de la muñeca», otro está enfermo de una «eslomadura». Otros varios enfermos afectados de lesiones invisibles o incontrolables. Es conveniente prescribirles largas recetas, ungüentos, fajas de franela, etc. Luego irán a ver a un farmacéutico sin escrúpulos que les entregará veinte francos a cambio de las medicinas, lo que le reportará ochenta francos que percibirá de la Compañía de Seguros. Una vez terminada la consulta permanecen con la mano extendida extrañándose de no recibir la consabida moneda de dos francos. Esta propina es uno de los trucos de Becquerel para tratar a todos los «accidentes de trabajo», a toda la clientela de las Compañías de seguros que constituyen su «modus vivendi». Presentábase luego una muchacha acompañada de su madre. Tras un rápido examen, Michel exclama: —Señorita, según todas las probabilidades, ha contraído usted la sífilis... Al punto un grito de la madre identifica al responsable: —¡Es Alberto! Las dos mujeres se enzarzan en una disputa en un idioma extranjero, y, como no consiguen poner término a su querrela, Michel la acompaña discretamente a la puerta. Otros enfermos, otros heridos, hombres, mujeres, toda una pobre humanidad cuyo hedor a sudor acaba por apestar el gabinete, demasiado caluroso y falto de ventilación. Finalmente una muchacha de maneras desenvueltas que quiere saber si está encinta. Y lo está. —Está bien —dice ella—. ¿Va usted a hacérmelo perder? —¿Cómo dice usted? —Me han dado las señas del doctor Becquerel... —Yo no soy el doctor Becquerel... Lo sustituyo por un mes. —¡M...! será demasiado tarde. ¡Qué mala sombra! —Por otra parte, tampoco él... —¿Entonces, ¿es que no? —Categoricamente. —¡M...! — replica. —Si lo hago yo misma o ayudada por alguien, y me sobreviene una hemorragia ¿puedo llamarle a usted? — Mi obligación es atender a los que me llaman. —¿Sin denunciarme? —No soy ningún soplón —dice Michel, herido en su amor propio—. Pensaré de usted lo que quiera, pero debo respetar el secreto. La muchacha se va. Ha sido la última visita. Michel entrega la recaudación a la señora Becquerel, quien ha fiscalizado minuciosa y ostensiblemente el número de timbrazos. Luego sortea el bramante astutamente tendido por el chiquillo Becquerel con la esperanza de ver al famoso suplente dar de bruces en el morillo del hogar y coge un tranvía para ir a su casa pues sus propias consultas empiezan a las seis de la tarde. De lejos, columbra en el umbral del jardín a Evelyne, que le está aguardando. Al verlo le muestra gozosa tres dedos de la mano. —¡Tres clientes! ¡Tres clientes! Tres clientes en su casa, tres clientes que le esperaban a él, sí, a él. El corazón le late aceleradamente. Pero hay más. Cuando los tres clientes se han marchado llega otro, el cuarto. Un hombre joven, con aire agitado penetra en el despacho de Michel. Y furiosamente exclama: —Usted ha dicho, señor, que yo era sifilítico. —¿Yo? —Sí. Michel tiene una idea. —¿Es usted Alberto? —Sí. —Pues bien, amigo, quizá yo haya hablado de sífilis, pero no he dicho en modo alguno de quién se trataba. Y dicho sea de paso, tal vez fuera conveniente que se sometiera usted a un examen. Es una medida de prudencia. En resumidas cuentas, otro cliente más. Durante los días siguientes se presentaron numerosos visitantes. El primero de ellos, Lequesnoy, el cirujano de la vecina ciudad. Tras unas breves palabras, aprovechando una pausa, dice Lequesnoy: —A propósito ¿cómo vamos a entendernos? Habitualmente, a los colegas que me envían sus enfermos les doy el cincuenta por ciento del importe de todas las intervenciones. Lo mismo haré con usted. Algunos de mis competidores hacen martingalas, pero es demasiada tentación para un médico. —¿qué martingala? —Por ejemplo, a la primera operación yo le doy el veinte por ciento de mis honorarios, el cuarenta por ciento a la segunda, el sesenta a la tercera, el ochenta a la cuarta y el cien por cien a la quinta. Luego reanudamos la serie a partir del veinte por ciento. Aun joven esto le estimula... Hay un interés evidente en alcanzar pronto el cien por cien y para esta ocasión hay que procurar dar con una intervención importante, que rinda lo suyo. Yo no practico este sistema. Sin embargo, podríamos llegar a un acuerdo. Por ejemplo, yo podría ofrecerle un automóvil a crédito. Yo pagaré las letras cada mes y usted me envía a cambio sus úlceras y sus piernas fracturadas. Reflexione si le interesa... —De acuerdo —dijo Michel— reflexionaré. Por la noche habla de ello a Seteuil. —Tú pides el cincuenta por ciento —dice Seteuil—. Yo trabajo con él bajo estas condiciones. También Roy practica excelentes intervenciones, pero es demasiado tacaño. ¿Acaso no se proponía hace poco no soltar ni un céntimo de sus honorarios? «La dicotomía es una incorrección», decía. Pero esto no ha durado mucho tiempo. El idiota ha estado a punto de tener que cerrar la clínica. No ha tenido otro remedio que hacer marcha atrás. Trabaja con Lequesnoy. Este es el consejo que te doy. Todos los meses me hace una buena liquidación. Dos días después, Michel encuentra casualmente a Roy, en ocasión de que el cirujano pasaba en su coche cerca de él. Una casualidad que quizá no haya sido ajena a la voluntad de Roy. Es un hombre alto, corpulento, barbudo, de tez cetrina, con un perfil árabe y, al parecer, simpático. Con una ligera turbación, explica que detesta la dicotomía, la participación de honorarios, sistema poco honesto en el fondo cuando la parte del médico sobrepasa una proporción razonable, pero que se ve obligado a practicar como todos los

demás. —Por otra parte —añade—, me hago cargo de que cuando aconseja usted una intervención, prepara al enfermo, instruye al cirujano y asiste a la operación, tiene perfecto derecho a percibir sus emolumentos. Le propongo, pues, para empezar, una cifra decorosa; pongamos el veinticinco por ciento de mis honorarios. Por supuesto, en la nota que yo envíe al cliente figurará la mención «honorarios de los doctores Roy y Doutreval». Así el cliente sabrá a qué atenerse. No tenemos por qué disimularle que el trabajo de usted también debe ser pagado. Más adelante procuraremos buscar un sistema más satisfactorio. No debo ocultarle que esta cuestión del reparto de honorarios atormenta mi conciencia. ¿Qué opina de mi combinación? Michel la estima equitativa. Pero luego Roy empieza a extenderse en comentarios acerca de la cirugía en general y de sus hábitos en las intervenciones, todo lo cual inspira a Michel cierta desconfianza. Por la tarde del mismo día Michel recibe un recado urgente. Se traslada a la ciudad, y sube a un cuarto situado en el segundo piso de una taberna. Allí encuentra a su cliente de la semana anterior, la muchacha que solicitó la hicieran abortar. Se las ha arreglado por sí misma. No le ha salido del todo mal, excepto una pequeña hemorragia que no ha podido contener. Asqueado, Michel le prodiga sus cuidados. Dentro de pocos días estará perfectamente. La clientela se muestra remisa. Aunque Evelyne reduce en lo posible los gastos, el escaso peculio del joven matrimonio se va agotando. Becquerel regresará a fines de mes, y la terminación de la suplencia implica la desaparición de un crecido ingreso. Como Michel no es más que un principiante, un mediquillo de barrio, la gente no tiene confianza en él y sólo recurren a sus servicios cuando Seteuil, Becquerel, Rosselet y Templamars no están libres. O bien cuando se trata de un caso urgente, y no se dispone de tiempo para acudir a otro facultativo, como por ejemplo, un chiquillo atropellado por un camión o un obrero de la harinera Hesdelot herido por una polea. La gente no gasta con él muchas contemplaciones. Desconfía. Al fin y al cabo se trata de un médico de tres al cuarto, y, por añadidura, pobre. Después de la tercera visita se había ya de llamar en consulta a un médico de la ciudad. Pues la gente suele calibrar la competencia del doctor según los honorarios que percibe. No; con él no hay que andarse con cumplidos. Así Faily, el orondo carnicero del barrio, no obstante ganar mucho dinero, le llama para que visite a su chico que ha atrapado un fuerte resfriado. Michel, bastante preocupado por la temperatura y los esputos membranosos del pequeño, expresa su intención de volver al día siguiente. —¡Oh! —protesta Faily—, no vale la pena que vuelva, doctor. Si necesitamos de usted le telefonearemos. Le voy a pagar a usted. Al día siguiente, a las doce de la noche, se oye sonar la campanilla. Es Faily que se presenta en una camioneta. —¡Doctor! ¡Pronto! Venga usted en seguida! El chico tiene una tos que no me gusta. ¡Podría ser difteria! he ido a casa del doctor Seteuil, pero nadie contesta... O es la señora Hesdelot, la mujer del propietario de la harinera, que le llama urgentemente a la una de la madrugada porque no logra conciliar el sueño... O la señora Lausefeld, la mujer del industrial, que le reclama también por la noche a causa de un lumbago que ha atrapado tomando baños de sol. En otra ocasión, se trata de una anciana que está a punto de morir completamente sola, en una habitación oscura, desvencijada y húmeda; de un obrero que se encuentra mal al volver a su casa por la noche; o de gente pobre que vacilan hasta el último momento porque el médico cuesta dinero, el obrero se ve forzado a abandonar el trabajo, y, en fin de cuentas, porque quizá sea innecesaria la visita del doctor. Y cuando Michel, después de perder dos horas de dormir, se da cuenta de que una mano llena de sabañones y agrietada por la colada y la máquina de coser, busca los quince francos de visita en el fondo de su grasiento portamonedas, se avergüenza, finge buscar en sus bolsillos y tartajeando, más turbado que los pacientes, exclama... —No se molesten... Me pagarán en otra ocasión... Regresa a su casa a las cuatro de la madrugada. Demasiado tarde para volver a acostarse. ¡Qué más da! En la cocina, Evelyne está haciendo el café. Refunfuña un poco, pero a pesar de todo está contento... En un mes veintidós visitas de noche. Michel se va a pie, entornando los ojos, aspirando el aire frío para desentumecerse, recapitulando todo lo que ha visto y los casos urgentes y trágicos con los que se ha enfrentado. Encaminase casa vez al encuentro de un posible drama, una sucia historia, una úlcera perforada, una apendicitis, una hemorragia. Y con frecuencia, cuando se dispone a acostarse, la campanilla lo reclama nuevamente. Hay que volver a salir. Cuando esto ocurre, se pasa la noche en blanco, porque no vale la pena, al regresar, meterse otra vez en cama. Poco a poco, sin embargo, Michel va creándose una reputación. —Es un buen muchacho, de buen corazón. Se molesta por las noches y no quiere cobrar... Es extraordinaria la rapidez con que se divulgan estas cosas. No tarda Michel en coleccionar una magnífica clientela de pacientes nocturnos e indigentes. Mas esta afluencia no se deja sentir ciertamente en el presupuesto de Evelyne. Y por las noches, al contar la recaudación, Michel se dirige reproches a sí mismo. La señora Lausefeld parece haberse olvidado con su lumbago los honorarios que debe. Los pobres no pueden pagar y los ricos se olvidan de hacerlo ¡Vaya profesión! Jonkere, un peón de casa Lausefeld, acude a Michel por una lesión en la mano. Solicita un reposo de quince días. No hay fractura ni hinchazón. No se trata más que de una pequeña herida ligeramente infectada. Michel prescribe una cura, pero se niega a dar un certificado de suspensión del trabajo. El hombre se va descontento. Desprestigiara mucho a Michel entre el personal obrero de la industria Lausefeld. La semana siguiente una mujer del

barrio, que se ha tirado de los pelos con una vecina y que exhibe un ligero arañazo que se causara por otros motivos tres semanas antes, solicita un certificado «sellado» para llevar a su adversaria ante la justicia. Se trata de una cliente. Es difícil negarse. No obstante, se lo prohíbe la honestidad profesional. Michel sale del paso redactando un certificado complicado en el que la benignidad se oculta cuidadosamente bajo una jerga científica. Pero el tribunal lo comprende y recusa la reclamación a la litigante. A partir de este día, la mujer denostará a Michel por todo el barrio. Luego muere el niño de Louise Márquez, el primer parto asistido por Michel. Un caso de sífilis hereditaria. No cabía la menor duda. Había nacido ciego, con un hígado enorme. Pero es preciso callarse. Secreto profesional. A las preguntas de la panadera y la tendera, Michel contesta con palabras de vago significado. Y los esposos Márquez denigran a Michel y divulgan por doquier que la culpa es del médico, y que ha sido Michel quien ha matado a su hijo. Guffroy, un modesto granjero de la vecindad, llega un día en automóvil quejándose de un cólico atroz. Apendicitis aguda. Guffroy insiste en terminar su laboreo. Michel pone el grito en el cielo, logra darle a entender que va en ello su vida, se lo lleva consigo, coge casi a la fuerza el volante del coche y conduce a Guffroy primero a su granja y luego a la clínica Lequesnoy. Se interviene al hombre. Por la tarde, el propio Lequesnoy le muestra en una cubeta el apéndice lleno de pus. Lo que no es óbice para que un mes después Guffroy diga a Michel que se congratula de su curación: —¡Bah, también habría salido del paso sin esa intervención. ¡Seis mil leandras! Daudenaerde, el vendedor de chatarra, hace abuso de mariscos y pescado. Una mañana sufre un fuerte ataque a un lado del vientre. Michel aconseja una intervención. Daudenaerde se niega rotundamente. Michel no se atreve a insistir. Tiene presente ese delicado asunto de la partición de honorarios con el cirujano. Como el médico sale ganancioso de las intervenciones, sus consejos son siempre algo sospechosos. Por otra parte, y de una manera al parecer milagrosa, Daudenaerde cura solo. Unas semanas después, Michel le encuentra, boyante, en casa de Gaby van Houtten, la oronda tendera. — ¿Cómo va esa salud? —Perfectamente —exclama Daudenaerde a voz en grito—. Ya ve usted que voy tirando. — Ha tenido usted suerte. —¿Suerte? En absoluto. ¿Sabe usted lo que he hecho? He ido a ver a Breuil, el viejo Breuil, el brujo de Laneuville. Me ha aconsejado tomar aceite de ricino y unos polvos disueltos en una yema de huevo. Y esto es todo. Puede usted enviarle a sus enfermos, señor doctor, y tenga usted la seguridad de que volverán curados. ¿Quiere usted sus señas? Todos los circunstantes se echaron a reír. Hasta el punto de que el granjero Guffroy, cuando le cuenta el relato, lamenta los seis mil francos que le costó la intervención. Tantos elogios hace Daudenaerde de Breuil que, siguiendo sus consejos, un pobre diablo llamado Toutelong, bajo los efectos de un dolor de vientre, se decide a visitar al ilustre curandero... Éste le receta una purga formidable. Toutelong la ingiere. Y a las cuatro de la mañana Michel, a quien despiertan unos fuertes golpes en la puerta de su casa, llega a tiempo para comprobar el desastre. —¡Intervención! Parece extraño que un caso de cólico se tenga que operar en seguida, con toda urgencia. La esposa de Toutelong, una buena mujer un poco ingenua, se presenta con su hija a pedir consejo al patrón de su marido, Hesdelot, quien habla del doctor Jacquinet... Jacquinet, la gran celebridad del país, acude a las nueve. Este profesor le recuerda a Michel a su padre: cojea visiblemente. Hace unos años le amputaron un pie. Es un buen hombre, pero bastante engreído de su prestigio. No está de acuerdo con Michel y discute con él. Diagnostica que no se trata de un caso grave y que puede esperarse. Además, la intervención presenta ciertos peligros. Toutelong es cardíaco y albumínico. Todo esto es cierto, Michel se inclina y decide aguardar. Y Tourtelong muere. A la semana siguiente, al encontrarse con Jacquinet, Michel le habla de esa muerte. Jacquinet se muestra apesadumbrado: —Lo siento —confiesa—. Debiera haberle escuchado... Parece preocupado. Reflexiona, y tratando de justificarse, razona: —Sin embargo, la operación era a todas luces escabrosa. ¡Con aquella orina! ¡Ya vio usted el análisis! Con todo, algo le atormenta, algo parecido al remordimiento. ¿Había que intervenir o no? ¿Estaba seguro, al examinar a Toutelong, de que no debía hacerse? ¿Estaba seguro? ¿No se ha dejado seducir por un sentimiento de vanidad, de orgullo, no ha podido más en él el deseo de mostrarse en plan de «profesor» ante ese joven colega y esas gentes, de probar que se le ha llamado por algo? Jacquinet es escrupuloso. Reconócese a sí mismo extremadamente celoso de su nombradía. Y se reprocha alguna que otra vez ceder al afán de aleccionar al modesto médico de barrio. ¿Acaso no acaba de hacerlo? Michel, que se da cuenta de ello, trata de mostrarse cordial y tranquilizarse, pero Jacquinet, triste y preocupado, se dirige cojeando hacia el automóvil, que le espera a la puerta. Jacquinet perdió el pie en la estación de Lezue. Se hallaba en el bar cuando ocurrió hace algunos años un terrible accidente: el expreso de Bruselas, que iba a sesenta kilómetros por hora, chocó con un tren parado. Jacquinet, rodeado por una ingente multitud, comenzó a organizar los primeros auxilios. En la locomotora del expreso, bajo cincuenta toneladas de carbón y acero, se hallaba el maquinista, cuyo cuerpo aparecía magullado y con graves quemaduras. Condenado a muerte, aún vivía y suplicaba a gritos que acabaran de matarle. A costa de inverosímiles esfuerzos y abriéndose paso a través de ardientes trozos de plancha de hierro, el profesor logró llegar hasta él provisto de morfina. En medio de la chatarra retorcida y pudiendo apenas respirar a causa de las emanaciones del óxido de carbono, el profesor

permaneció agazapado más de una hora al lado del maquinista. Cuando éste daba muestras de un sufrimiento indecible le administraba una inyección en la muñeca, único sitio que le era dable alcanzar. De vez en vez desplomábanse nuevos trozos de hierro candente, estrujando cada vez más a los dos hombres. —¡Matadme! —suplicaba el desdichado. Con ello se habría ahorrado sufrimientos inútiles. Y Jacquinet hubiera podido retirarse salvando así su propia vida. Pero un médico no puede dar muerte a un hombre. Mientras, por medio de un soplete, se practicaba una abertura en la armazón de la locomotora exactamente encima de sus cabezas, Jacquinet se disponía a administrar una nueva dosis de morfina. Cuando los componentes del equipo de socorro comunicaron con ellos, el maquinista acababa de expirar. En el último momento desprendióse una gruesa plancha de hierro que ocasionó a Jacquinet la pérdida de un pie. Uno es hombre como los demás. Se enorgullece uno de sus títulos. Tiene uno sus pequeñas vanidades, sus pequeñas debilidades. No le desagrada a uno, en cuanto se presenta la ocasión, hacer sentir el peso de su saber a un joven colega principiante. En suma, un hombre. Pero lo que salva es la profesión, esa profesión de la medicina en cuyo ejercicio, de pronto, de un modo imperioso y brutal, a ese hombre que en nada se diferencia de sus semejantes, se le impone el día menos pensado el categórico deber de tornarse un héroe. Toda la semana Evelyne había repetido la misma cantinela: —El domingo, si tú quieres, podemos ir al campo, lejos, muy lejos, hacia la frontera belga... A Evelyne, la florecilla campestre, sólo le gusta eso: la tierra, el rumor del viento, los angostos atajos que conducen a las viejas granjas. Una excursión al campo constituye para ella una gran fiesta. Silenciosa, escucha a Michel que habla de un modo apasionado y elabora para el futuro hermosos proyectos cada vez más distintos. Pero llega el domingo, y Michel, que ha pasado una noche en blanco, se duerme después de la comida. Evelyne se guarda muy bien de despertarlo. O se trata a veces de un chiquillo con una tos persistente a quien no puede abandonarse un día entero. O una hemorragia apenas contenida y que puede repetirse, o una hernia estrangulada que un anciano terco se niega a que le operen. Hay que tener paciencia, aguardar la aquiescencia del enfermo, montar la guardia en espera del momento en que el viejo testarudo consienta en dejarse salvar y no perder una hora para ir en busca del médico. Resultado de ello es que se pasan la mayoría de los domingos en casa o en el jardín, recogiendo las hojas secas del otoño o pegando papel de colorines en las paredes de la cocina para adornar un poco los dominios de Evelyne. Un sábado por la mañana, Michel es llamado por los esposos Daubian. Un matrimonio pobre, muy digno, sin hijos. La mujer quiere tenerlos, cueste lo que cueste. Sus embarazos son sumamente dolorosos. Se pasa tres, cuatro, cinco meses, en una silla extensible para acabar con un aborto. Sin embargo, no se desanima y vuelta a empezar. Entretanto, el marido cuida de la casa y después de sus horas de trabajo, lava los platos y la ropa. La señora Daubian acaba de tener un aborto de cuatro meses. Se impondría un raspado, pero el matrimonio se muestra contrario a ello. Lequesnoy, avisado de antemano, espera en su clínica toda la tarde; luego se va en automóvil hacia la costa para pasar el fin de semana. No queda más que un cirujano: Roy. Un poco a regañadientes, Michel acude a él por primera vez. Roy se aviene a efectuar la visita. —El raspado es indispensable. Procure que su enferma se decida pronto, amigo. Me marcho mañana por la mañana a Bruselas para asistir al Congreso de Cirugía. En fin... Aplazaré mi marcha hasta el mediodía. El domingo al mediodía los Daubian no han tomado aún ninguna decisión. Michel telefonea a Roy. —¡Qué fastidio! —gruñe Roy—. Sólo quedo yo. Todos se han marchado. Semejante terquedad es del género estúpido. Se pasa un minuto soltando imprecaciones. —¿Qué le vamos a hacer? ¡Que se vaya al cuerno el Congreso! ¡Primero es el deber! No se puede abandonar a esa mujer. Insista con ella, Doutreval. Que se decida pronto. Aún está a tiempo. La misma tarde, a las seis, la señora Daubian consiente en el raspado. Roy la interviene, la atiende hasta el lunes y no asiste al Congreso. A Michel, Roy comienza a serle simpático. En invierno se hace indispensable un automóvil. —No disponiendo de un coche —dice Seteuil— pasas por un mediquillo de tres al cuarto, por un pobretón. No gozarás jamás de la consideración de los ricos del pueblo. —Quizá una bicicleta... Seteuil se echa a reír. —Si tienes interés en hundirte definitivamente, compra una bicicleta. Si haces eso nadie te respetará. —Rosselet va a pie. —Rosselet es viejo. Tiene más de setenta años. A esa edad no se puede arreglar un carburador. A ese pobre diablo puede permitírsele hacer «footing» con el pretexto de que le sienta bien. En realidad, puedes creerme, no le divierte mucho ir de una parte a otra, en busca de los cuatro o cinco clientes que le son necesarios todos los días para asegurar su yantar. Pero ¿por qué no te arreglas con Lequesnoy? ¡Estoy seguro de que no pide otra cosa! Él pagaría las letras y para el 15 de este mes tendrías ya tu «Citroen». ¿Acaso no estás enterado de que los laboratorios forman parte de esta combinación? Podrías llegar a un acuerdo. Finalmente, Michel encuentra en casa de Souchey, de la Plaza Mayor, un «C 4» bastante usado, pero con el motor reparado. Souchey pide por él seis mil francos pagaderos en seis letras escalonadas. Michel acepta las letras. El regreso a casa, conduciendo el «Citroen», constituye un acontecimiento glorioso. Evelyne inspecciona el interior, los almohadones, las cortinillas y guarda silencio. Pero a la mañana siguiente, lunes, al entrar Michel en la cochera donde encierra el «C 4» apenas logra reconocer su automóvil. Cubriendo los asientos, limpios de manchas y

de grasa, aparecen fundas de encaje recién lavadas, almidonadas y de una blanca inmaculada. Nadie identificaría en esas fundas las viejas cortinillas del antiguo propietario de la casa. Un voluminoso almohadón, confeccionado con un salto de cama, sienta sus reales en la banqueta trasera. Pedazos de la apollada moqueta del salón, artísticamente cortados, guarnecen el piso del coche con una suntuosa alfombra color grana. Ni falta tampoco en el asiento una linda muñeca desparramando los volantes de su falda de marquesita, una muñeca de porcelana ataviada con un viejo pedazo de seda, como Evelyne aprendió a hacerlo en el sanatorio. Recuerdos de otros tiempos... También la instalación del teléfono cuesta cara. Además, Michel necesita un par de zapatos nuevos y un traje. Cada noche, mientras lee en cama unas revistas de medicina, Evelyne cepilla la ropa, plancha los pantalones, cambia el bolsillo, segura un botón y zurce un desgarrón hasta hacerlo invisible porque ella sabía ya coger los puntos. Luego prepara la ropa blanca, el cuello, el pañuelo, la corbata, embetuna los zapatos y comprueba el espesor de las suelas para que no se gasten hasta un punto irreparable. Los zapatos constituyen su gran preocupación. Michel los destroza en muy poco tiempo. Otra preocupación; la proximidad del invierno. Michel sólo tiene un abrigo de entretiempo, demasiadodelgado; se las arregla con la mujer de hacer faenas para adquirir, sin que nadie se entere, en la fábrica Lausefeld, tres metros de ratina deshilachada en los bordes, pagada a precio de saldo. Sólo falta economizar para pagar las hechuras. —Recomiende nuestros productos a su clientela —dicen los representantes de los laboratorios de especialidades farmacéuticas—, recete las píldoras Cruchon para el hígado y tendrá usted un tanto por ciento. O, si lo prefiere, le pagaremos a fin de mes las letras del automóvil que le ofrecemos... —¿Quiere usted cigarrillos? ¿Abonarse a «L'Illustration»? ¿El cuidado gratuito de su automóvil? ¿Uno o dos cruceros gratuitos al Cap Nord? ¿Una colección de sellos de correo? ¿Un servicio de treinta y siete piezas con ciento cincuenta gramos de plata? Todo esto es para usted —dicen los demás—. Basta con prescribir Tonitruol... —Otros laboratorios —explica Seteuil— insertan en los periódicos anuncios como éste: «Deseamos colaboradores médicos». Y a los médicos sin clientela que aceptan esta humillación les hacen firmar el compromiso escrito de recomendar sus drogas mediante la bonificación del treinta por ciento por cada frasco vendido. —Pero ¿cómo pueden saber si el médico ha recetado realmente sus productos? —pregunta Michel. —¡Oh! —contesta Seteuil—. ¡No son tan estúpidos como te parece! En la envoltura de cada frasco hay una etiqueta encarnada: «Remítanos cinco etiquetas como ésa, con el nombre de su médico, y recibirá usted un frasco gratuito...» ¿Te das cuenta? ¿El propio enfermo les sirve de «control»? Directores de casas de salud visitan a Michel. —Querido doctor ¿por qué nunca nos manda enfermos? Nada perdería usted con hacerlo. ¿Qué tanto por ciento quiere usted que le ofrezcamos? O directores de estaciones termales o de grandes hoteles que tratan de persuadir a Michel para que les envíe la clientela, mediante comisión. Y aún más; el director de un sanatorio particular propone: —¿Por qué no nos manda usted algunos de sus clientes? Yo lo haría llamar a consulta seis veces al año. ¿No le basta eso? ¿Quiere usted que sean diez? A trescientos francos, son tres mil francos. No es moco de pavo... Al escucharle, Michel piensa en su difícil fin de mes, en lo cansada que anda Evelyne. Ese «moco de pavo» nivelaría bastante el presupuesto... Tres puertas más arriba de la casa de Templemars, el colega de Michel, acaba de establecerse un nuevo competidor. «Holmont, doctor en medicina, especialista en las vías respiratorias», anuncia la placa esmaltada. Un hijo de buena familia que sacrifica trescientos mil francos para la instalación de su gabinete. No tarda en entrar a saco en la ya escasa clientela de Templemars y consigue hacerse con los más fieles clientes de Michel. Rayos X, rayos ultravioleta, diatermia, de todo encuentra uno en su gabinete. Todas las maquinarias imaginables, inúmeros instrumentos brillantes, niquelados, cromados, con mil y un reflejos, que ejercen sobre los enfermos una irresistible fascinación. Holmont cobra muy caro. Sesenta francos la visita. A este precio, uno debe de estar muy bien cuidado. ¡Y, por añadidura, un especialista! ¡Y con un gabinete de un blanco inmaculado, totalmente esmaltado, semejante a una sala de operaciones! Y todo ello sin contar la enfermera que os abre la puerta: una enfermera vestida con una bata blanca y tocada con un gorro prestigiado por un largo velo. Michel pierde sucesivamente una docena de sus más fieles clientes, que se precipitan a casa de Holmont para someterse con entusiasmo a la introducción de agujas en las costillas y sufrir el martirio del neumotórax, que Michel, fiel a las enseñanzas del viejo Domberlé, trata en lo posible de evitar. Y como Holmont no ahorra los inyectables, corta y prescribe jeringas a todo pasto, la gente queda boquiabierta y dice: —¡Ya era hora! ¡Finalmente tenemos a uno que no anda con vacilaciones! ¡Cobra caro, pero al menos uno gasta bien el dinero! Massouart, el farmacéutico, se dedica ahora a verdaderas consultas en la trastienda de su establecimiento y acaba por montar un pequeño laboratorio de productos radioestéticos. Además, las grandes farmacias llevan a cabo verdaderas jiras con camiones automóviles por los pueblos de la región, una auténtica buhonería farmacéutica. Los campesinos aguardan el paso del camión, detienen al chofer y le piden «algo contra los resfriados y la gota». Algunos le llaman incluso «el señor doctor». Con grave continente, el conductor del camión no se muestra remiso en prodigar toda clase de consejos. Y esto existe en Francia. Una competencia más para los médicos, que no tenían, en verdad, necesidad de

ella. Maufray, el herbolario, lanza al mercado nuevas tisanas para combatir los resfriados, no cesa de insertar anuncios en los periódicos regionales y atrae a gran número de gentes que creen en la virtud de las plantas y de las hierbas. En Laneuville, el curandero Breuil, que ahora se las ha dado de hipnotizador, se dedica a la magia negra y magnetiza a los pobres diablos para persuadirlos de que están curados... Todas las semanas llega de París el doctor Louvier. Se hospeda en el hotel, da fe de su presencia por medio de una publicidad desorbitada, pincha la nariz a doscientas personas y regresa a París llevándose veinte mil francos todas las semanas. Cien francos la inyección. Ochocientos las diez sesiones. Como a los más de los «pinchados» les bastan tres sesiones, el resto es puro beneficio. Luego, la apertura de la Feria Comercial de Lille. Allí todo el mundo se entusiasma ante unos aparatitos eléctricos coronados por unas cubetas de vidrio que emiten, al parecer, rayos ultravioleta. Se trata de un curalotodo. Conserva la belleza de la tez y la virilidad. Durante semanas enteras, Michel no ve en su casa a ningún atacado de resfriado o catarro pulmonar. La compañía de electricidad tiene que cambiar en el pueblo numerosos contadores para reemplazarlos por otros más poderosos. Cuando comienza a menguar el delirio, Homont, que coquetea abiertamente con el partido político de Becquerel y Mooreman, consigue de este último, alcalde y diputado, autorización para abrir otro dispensario en la localidad. Tal medida no era ciertamente necesaria. Había ya cuatro dispensarios, tantos como partidos políticos, pues cada uno tenía el suyo. Pero Homont calcula que el nuevo dispensario será un motivo de propaganda y le agenciará nuevos clientes. Por otra parte, anuncia en los periódicos que hará un cuarenta por ciento de rebaja a los miembros de su partido. He aquí lemas terrible de los enemigos; el Estado, el municipio, con sus dispensarios, sus hospitales, sus sanatorios, su medicina gratuita y socializada, sus asilos hechos ya indispensables para la miseria humana porque no ha sabido crearse la única cosa que haría inútiles los hospitales: verdaderos hogares. Hasta lo ricos no desdeñan de acudir a ellos. Faily, el carnicero, conduce en automóvil a su chico al dispensario para que le suministren gratuitamente suero de caballo. Hesdelot, el propietario de fábricas de harina, aprovecha sus viajes a París, donde no corre el riesgo de ser conocido, para que en los dispensarios de la capital le hagan gratuitamente una serie de radiografías. Todo el mundo se aficiona al sistema y nadie quiere pagar. Sin embargo, cuando en 1851, los médicos consintieron en actuar gratuitamente en los hospitales, no se trataba a la sazón, ni en su ánimo ni bajo ningún concepto legal, sino de una gestión de poca caridad que practicaban a favor de los pobres. Pero ¡quién se acuerda ahora de ello! El médico se ha convertido en el instrumento gratuito de la beneficencia y de las promesas electorales.

CAPÍTULO Segundo.

Aquel otoño, cuando Guerran regresó a París en ocasión de la reapertura del Parlamento, su entusiasmo, su brío, su agilidad mental sorprendieron a todos sus amigos. A él se debió el ataque que sufrió en diciembre el Gobierno Douret y el torpedeamiento del ministerio. Las armas se las proporcionó Géraudin. Desde hacía un año, Géraudin, cuya clínica iba perdiendo incesantemente el favor del público, veía con inquietud la terminación de la vasta policlínica de la «Mutuelle Artisanale». Presidía esta mutual Gaffiaux, una especie de temerario aventurero, quien se proponía centralizar en la policlínica todas las intervenciones quirúrgicas que se practicasen en el país. Los cirujanos de la región se sentían grandemente amenazados. Gaffiaux, en guerra abierta con ellos, les acusaba de imponer a los afiliados a la mutua una tarifa excesiva y se jactaba de que, una vez terminada su clínica, fijaría los precios a los cirujanos y les obligaría a practicar las intervenciones en su establecimiento, sometiéndose a la tarifa que a él le viniera en gana. Si rehusaran, haría venir de París a cuatro o cinco practicantes, que se considerarían en la gloria con tener que efectuar todas las intervenciones en su clínica a base de una mensualidad fija razonable. El pasado de Gaffiaux era turbio. Este audaz, a fuerza de succulentos ágapes, de prodigalidades y de hábiles maniobras se había erigido en el factótum de la Mutua. Los dirigentes de la asociación eran casi todos afiliados al partido republicano social cuyo jefe nacional era Dauret, y del que era presidente de la sección de Maine-et-Loire el abogado Rebat, colega de Guerran y uno de sus más importantes competidores. Gaffiaux comenzó por granjearse la amistad de Rebat. Hízose su consejero y le señaló fastuosos honorarios. Rebat, encantado, introdujo a Gaffiaux en el partido republicano social. En el espacio de pocos meses Gaffiaux se aseguró una imponente mayoría de simpatizantes. Su procedimiento era sagaz y sencillo. Adquiría doscientos carnets del partido a la vez y los brindaba a sus amigos. Así, gracias al partido republicano social, Gaffiaux se calzó la presidencia de la Mutua artesana y campesina, sociedad que aseguraba a sus miembros la asistencia médica gratuita. Gaffiaux explotó ampliamente su situación. Adosado al local de la Mutua, donde se celebraban las reuniones del partido, hizo construir un cuerpo de edificios en el que reservó para sí varias habitaciones principescas. Gozando de hospedajes, calefacción, luz, exento e todo gasto, incluso los del servicio interior, disponía para él de tres automóviles y de los chóferes. Lo que no era óbice para que le indemnizaran por partida doble el precio del billete de primera clase que tomaba para sus viajes a París, habida cuenta de que se trasladaba a la capital a título de administrador de la Mutua y de delegado del partido. Cuando se trató de dotar a la Mutua de un sanatorio y luego de la famosa policlínica, Gaffiaux, simple particular, vendió a Gaffiaux, administrador,

unos terrenos que había comprado por trescientos veinticinco mil francos y que cedió generosamente por cuatro millones trescientos mil. Logró escamotear la subasta pública, no obstante ser obligatoria y eligió entre todos los planos el de un arquitecto que era casualmente sobrino suyo y a quien confió la dirección de los trabajos. Todos los suministros de cemento, arena, tejas y vigas fueron efectuados por una empresa de materiales de construcción que justamente acababa de ofrecer a Gaffiaux un puesto en su consejo de administración. Hubo innumerables denuncias. Gracias a los buenos oficios de Rebat, Gaffiaux logró sortear sin más todos los peligros. Luego estalló una verdadera bomba: el escándalo de la «Banque de L'Essor Industriale», de la que Gaffiaux era administrador. Habíase servido de dicho establecimiento para agenciarse, a través de varias empresas metalúrgicas de la región, un paquete de acciones a voto plural que sin grandes dispendios le había convertido en el verdadero dueño de aquellas. Entonces, suspendió durante un tiempo el pago de dividendos, dedicando los beneficios a mejoras de maquinarias. En la Bolsa, una acción que no proporciona dividendos se desmorona. Es la regla habitual. Gaffiaux, esperó que las acciones bajasen a una tercera parte de su valor real, las readquirió prudentemente por pequeños lotes, y sin faltar en apariencia a las leyes, se convirtió en propietario de varias firmas metalúrgicas de la región. Más, al parecer, hubo indiscreciones, y un nuevo diluvio de denuncias se presentó al tribunal. Rebat defendió a Gaffiaux por todos los medios, se prodigó, visitó a todos los ministros, obtuvo diez veces otros tantos aplazamientos y ganó todo el tiempo que quiso. Y cuando todas las maniobras fallaron, cuando pareció evidente que el asunto iba a seguir judicialmente su curso, presentó Gaffiaux a Dauret, el hombre político, el jefe del partido republicano social. Dábase el caso de que también el propio Dauret navegaba en medio de grandes dificultades financieras. Político brillante y carente de fortuna personal, casó, hacía seis años, con una americana, mis Rosamond Winham, divorciada de Harundson, rey del «trust» noruego de las cerillas. Miss Winham aportó a su matrimonio con Dauret una dote principesca. «El Dorado Dauret», le decían los envidiosos en la Cámara. Mas al cabo de tres años de matrimonio, Dauret, ministro de Bellas Artes por espacio de unos meses, se interesó de pronto de una manera asaz desmedida por una joven bailarina que actuaba en la Opera. Gracias a los buenos oficios de Dauret su carrera fue meritoria. A la sazón rodaba «Cabalgata amorosa», el gran film del año, en el que figuraba como «estrella principab». Por desgracia, la ex Misis Rosamond Winham, se enteró de la repentina pasión de su marido por las bellas Artes, no compartió en modo alguno su admiración por la célebre «estrella», consiguió pruebas escritas de que tal admiración se había manifestado con un calor excesivo y pidió un segundo divorcio, que obtuvo. Lo malo no era eso, sino que Dauret fue condenado a devolver la dote. Naturalmente, la integridad de la misma quedó bastante menguada. Esa fue la ocasión elegida por Rebat para que Gaffiaux y Dauret se conocieran. Gaffiaux recogió los fondos necesarios para completar la dote. Dauret habló a su primo, procurador general. Gracias a esta gestión, Gaffiaux obtuvo de los tribunales una nueva y pasmosa serie de aplazamientos. Luego Dauret entró en la combinación de Barbet, jefe del «Centro Democrático», que fue tres días presidente del Consejo. Dauret solicitó y obtuvo la cartera de Justicia. Al cabo de tres días cayó el Gobierno. Pero de lunes a miércoles pueden hacerse muchas cosas, como, por ejemplo, asegurar un sobreseimiento de la causa de la «Banque de l'Essor Industriel». Poco después Dauret fue nombrado ministro de la Guerra. Y Gaffiaux, que no fue más que un vulgar emboscado en la guerra del 14, fue honrado con la Legión de Honor por méritos militares. Géraudin, que había pacientemente recogido todos esos hechos, le brindó un buen día a Guerran un «dossier» abrumador. Allí estalló el escándalo Gaffiaux. Dauret ni siquiera esperó la interpelación. Presentó la dimisión y se apartó de la vida pública por unos años, lo que permitió al pueblo olvidar el escándalo. Fue para él un rudo golpe, algunos de sus amigos se lo figuraban en el Elíseo, en un término de cinco o seis años. Por supuesto, el nuevo presidente del Consejo reservó a Guerran una cartera en el futuro Gobierno. Guerran eligió, como siempre, el Ministerio de Agricultura. La semana siguiente, una orden de detención puso fin a la carrera de Gaffiaux. La Mutua artesana y campesina estaba arruinada, y el partido republicano social desprestigiado en la persona de sus dirigentes. Fue Guerran quien se encargó de «ejecutar» a Rebat, abogado y presidente del partido. Rebat, era, en Angers, el competidor más duro y vengativo de Guerran. Convocado al Ministerio de Agricultura, sito en la calle de Varennes, Guerran le dispensó una fría acogida. Rebat tenía de su papel de consejero jurídico un concepto singular. En el fondo, no había hecho otra cosa que ayudar a su cliente a soslayar la acción de la justicia. Guerran habló del Consejo de la Orden, de las posibles consecuencias... Rebat se desplomó, sollozó, suplicó. Tenía dos hijos. El varón, agregado al Tribunal de Justicia, soñaba con llegar a ser fiscal de la República. Su hija debía de contraer matrimonio el mes próximo... Habló de su buena fe sorprendida, de compañerismo... Guerran se apiadó de él y se limitó, en aquella entrevista celebrada en su despacho ministerial a decirle claramente que era un canalla, ni merecedor siquiera del escándalo que se promovería en torno a él y del que no quedaría inmune el honor del foro. Rebat, abrumado, no supo más que decir: —Sí, es verdad, lo reconozco: soy un granuja... Y salió del Ministerio avergonzado, pero salvado. Aquella semana Fabienne no vio a Guerran. Trabajaba en la clínica Epidauria. Se había enterado de lo que pasaba, únicamente por la Prensa.

Ni siquiera se atrevía a telefonarle al Ministerio. Tres veces fue a preguntar por él en el pisito del Quai aux Fleurs. Pero Guerran se hospedaba en el Ministerio. El lunes siguiente supo que Guerran había preguntado por ella por teléfono mientras se hallaba ausente de la clínica. Entonces, Fabienne se decidió a telefonarle. Pidió permiso al doctor, se vistió y bajó a pie hasta el bar donde solía por las mañanas desayunarse con un café con leche y un «croissant». Consultó la guía MINISTERIO DE AGRICULTURA: calle de Varennes Teléfono: Danton 81-57 a 81-97 ¡Cuarenta números! ¿Cuál escoger? Fabienne se decidió por el 81-97 y se dirigió a la cabina. Acertó. Una voz femenina le contestó en seguida: —Sí señorita, el Ministerio de Agricultura. ¿El señor ministro? ¿Quiere usted hablar con él? ¿De parte de la señorita Doutreval? Aguarde un momento. Al cabo de unos minutos oyóse la voz grave de Olivier Guerran. —¡Fabienne! ¡Por fin! Ven en seguida. Aquí. Sí, aquí. Da tu nombre. Yo mandaré advertir al portero. ¡Hasta pronto! Unos momentos después Fabienne llegó en taxi ante la ancha puerta cochera del Ministerio. Entró en el enorme edificio, enfiló un pasillo, subió una escalera, empujó una puerta vidriera y se encontró en una galería interminable adonde daban las puertas de una larga serie de despachos. Cubría el pavimento una moqueta tupida y algo roída. Pesadas colgaduras en las ventanas. Aquí y allá junto a las ventanas, una silla Luis XVI. Los radiadores de la calefacción despedían un calor casi sofocante y notábase por doquier un lujo oficial y polvoriento. Empleados y jefes de oficina iban de una puerta a otra. Sentados en los bancos tapizados, algunos ordenanzas bostezaban bajo la protección de la palma de la mano. A través de los empañados cristales veíase un patio interior, triste y espacioso. Fabienne llegó al final de la galería sin que nadie le hiciera la menor pregunta. Pero allí le salió al paso un portero. Ella se dio a conocer. —El señor ministro la espera —dijo el portero—. ¿Quiere usted seguirme? El empleado la precedió hasta llegar frente a una puerta alta, de doble batiente, llamó, abrió y dejó paso a Fabienne. El despacho del ministro era una sala espaciosa, con numerosas butacas, una enorme mesa de despacho y una chimenea monumental. Las ventanas daban a la calle de Varennes. Detrás de la mesa colgaba de la pared una tela gigantesca con marco de macizas molduras doradas, representando el pensamiento de Sully: «Laboreo y pastoreo son las dos ubres de Francia». Guerran estaba trabajando. Levantó la cabeza y al reconocer a Fabienne fue a su encuentro con el rostro radiante. Fabienne actuó todo el día de secretaria de Guerran. Éste la instaló ante una montaña de cartas, telegramas y comunicaciones de felicitación. —Siéntate a tu gusto. Vas a despachar todo esto. Toma dos taquimecanógrafas. Dicta a una y que la otra escriba. Procura seguir las fórmulas al uso según se trate de alcaldes, sindicatos, amigos, profesores, federaciones agrícolas, etc. Por otra parte, un jefe de oficina lo revisará todo. ¿Sabes acaso que tengo aquí setecientos cincuenta responsables? ¿Cómo puedes imaginarte que un ministro que sólo ocupa su cargo a lo sumo seis meses, entienda de todo esto? Hasta pronto, Fabienne. Almorzaremos aquí. Fabienne trabajó toda la mañana. A la una de la tarde, almorzaron juntos en los aposentos reservados del ministro, detrás del despacho y que daban al patio. Todo resultó muy agradable. Por la tarde, Guerran condujo a Fabienne a la cámara en el coche ministerial, un largo «Renault» que ostentaba la bandera tricolor. Guerran recogió su correspondencia y dio una vuelta por la biblioteca. Fabienne le esperó fuera. A las cuatro regresaron al Ministerio. Hasta la noche, Guerran recibió visitas, sostuvo conferencias telefónicas, convocó a los jefes de negociado, estudió varios asuntos de su departamento y se entrevistó con sus delegados en la cámara y el Senado. Salieron a las ocho y fueron a cenar en el restaurante Larue, en la Madeleine. Los circundantes que reconocían a Guerran cuchicheaban entre sí. Un leve sentimiento de vanidad transportaba deliciosamente a Fabienne. A las once volvieron al Ministerio. Doscientos documentos esperaban la firma del ministro. Guerran firmó hasta la una y luego acompañó a Fabienne a la clínica. Fabienne estaba encantada con esa nueva existencia que le producía, no obstante, una extraña impresión de cosa superficial e inútil. Guerran pasaba buena parte de su tiempo firmando papeles de cuyo contenido ni siquiera tenía mención. Había, además, las recepciones. Los miércoles y viernes, diputados y senadores hacían acto de presencia en el Ministerio para solicitar favores, protecciones; recomendar a uno, ayudar secretamente a otro, conseguir una roseta, una condecoración, una insignia del Mérito agrícola, etc. Había que dispensarles a todos una cogida cordial aunque sabiamente matizada según fuesen miembros del partido, o de la mayoría, o de la oposición. Tratábase de otorgar a todos alguna cosa, aunque dosificando los favores, contentar a todo el mundo aunque satisfaciendo primero a los amigos. Guerran escuchaba, discutía, prometía, llamaba en presencia del diputado o del senador, a sus jefes de negociado y daba instrucciones. El parlamentario se iba contento. Los otros días recibían innumerables delegaciones de todos los sindicatos agrícolas de Francia llegadas para protestar a propósito de una tarifa de matanza demasiado elevada en Quimper-Cotentin, o de los derechos de exportación que perjudicaban al comercio de queso de Gruyere en Lonsi-Saunier. Además, Guerran tenía que acudir a las sesiones de la Cámara que duraban a menudo desde las tres a las cinco y a veces hasta medianoche. Y ello sin contar los Consejos de ministros, las inauguraciones, los discursos y las jiras en provincias. Sólo la correspondencia daba trabajo a seis secretarios. Solicitudes, reclamaciones, requerimientos e incluso denuncias anónimas. Se contestaba a todas las cartas firmadas. Una simple

petición de un permiso agrícola por parte de un soldado implicaba una respuesta al interesado, una comunicación al Ministerio de la Guerra, una copia adjunta de la solicitud, una encuesta, una respuesta al Ministerio de la Guerra y una segunda carta al soldado. Había momentos en que Fabienne echaba de menos la clínica, donde apenas iba. No siendo retribuida, se consideraba libre. Quizá Godefrin el «patrón» de la clínica, sospechaba algo, pues se mostraba singularmente reservado. Por eso, en medio de la estéril agitación de aquel vasto Ministerio, Fabienne pensaba a veces con melancolía en algún enfermo, en la acción directa, ignorada y bienhechora que ejercía a la cabecera de su lecho... Luego se iba al cine con Guerran. Y en las cintas de actualidad veía de pronto el rostro del «joven ministro de Agricultura». Fabienne, radiante y gloriosa, se olvidaba nuevamente de todo. Jamás había leído Fabienne y con tanto interés, tantos periódicos. Las sesiones en la Cámara, los informes, la apasionaban. A las nueve de la noche, mientras se hallaba en el despacho de su amiga Jeanne Chavot, en El progreso social, Doutreval se enteró de que Guerran formaba parte del nuevo ministerio. La noticia llegó en un despacho de la Agencia Havas y él fue sin duda el primero que lo supo en Angers. Experimentó una gran alegría, pero no habló más de ello a Jeanne en toda la noche. El acontecimiento se produjo cuando él se hallaba en lo más recio de la batalla. Numerosos obstáculos se oponían al parecer a la realización del Centro de curarización que se proponía abrir. Censurábase su método. Cuando argüía que el Centro permitiría llevar a cabo su proyecto se le objetaban entonces los gastos y la falta de espacio y de créditos. El hundimiento de Gaffiaux y de su policlínica deparó a Doutreval una ocasión única para realizar sus ambiciones. Con que le cediesen los edificios de la policlínica y le facilitasen cuatrocientos mil francos, su triunfo estaba asegurado. Ahora todo estaba en manos de Guerran. Una orden del ministro lo resolvería todo. ¿Cómo llegar a Guerran? Pensó en Fabienne. Fabienne y Guerran eran buenos camaradas. Pero no lo bastante, a su juicio, para solicitar del político, en nombre de Fabienne Doutreval, tamaño favor... ¿Y Géraudin? Sólo Géraudin gozaba sin duda de la suficiente influencia sobre Guerran para hacer tal solicitud al ministro. Pronto se cumpliría un año de la muerte de Mariette en la clínica de Géraudin. Desde aquel día Doutreval no había vuelto a ver a solas a su colega. Como si existiera un tácito acuerdo, hubiérase dicho que ambos eludían encontrarse. Sin embargo, en tal actitud entraba en buena parte un sentimiento de inconsciencia. Jamás se permitió Doutreval detener su pensamiento en las circunstancias que rodearon aquella muerte. ¿Temor al sufrimiento? ¿Quizá un vago sentimiento de responsabilidad, de culpabilidad, que no tenía interés en despertar? A fines de la semana siguiente tuvo efecto en la Facultad un consejo de profesores. A la salida, abriéndose paso en el pasillo por entre los grupos, Doutreval cogió del brazo a Géraudin que iba acompañado de Heubel y Gigon. —¿Estará usted en casa el miércoles? Iré a verle por la tarde. Tengo que pedirle un favor... Necesitaría una recomendación de su amigo Guerran. —De acuerdo —dijo Géraudin—. El miércoles por la tarde. Ya sabe que me tiene a su disposición. Doutreval regresó contento a su casa. El día señalado se presentó en casa de Géraudin. El cirujano le esperaba en su despacho. Era la primera vez que se encontraban solos, frente a frente. Géraudin recibió a Doutreval tendiéndole la mano, con los ojos entornados a causa del humo de su cigarro. Quizá también por esta causa no miraba a Doutreval de frente. En su modo de conducirse se notaba un embarazo y una torpeza singulares. Lo propio le ocurrió de pronto a Doutreval, que no acertaba a despegar la lengua. Tuvo de pronto la sensación de que ambos pensaban en lo mismo, en la muerte... Sintió en la propia raíz de los cabellos un extraño sudor y balbució unas frases inconexas. Con aquel fantasma irguiéndose entre ellos fue aquel un momento de agobio y malestar. De repente, en el momento en que iba a solicitar de Géraudin su ayuda, experimentó Doutreval la impresión de que renegaba de su hija, que traicionaba a Mariette, que la hacía objeto de un mercado. Sintió asco de sí mismo. Pero esa sensación se disipó al instante. Géraudin prometió interceder cerca de Guerran. Él y Doutreval irían a ver al ministro la próxima semana. Doutreval llegó a París el martes. Estaba citado con Géraudin en el Ministerio a la mañana siguiente. Recogió a Fabienne en la clínica, almorzaron juntos en un restaurante y pasaron la tarde en un cien de los Campos elíseos en el que Doutreval sabía que serían presentados sus trabajos. Se proyectó primero una cinta «cómica» en la que el gran bufó de nuestra época mostraba sus asentaderas. Sucediéronse luego las actualidades; la inauguración de un estadio en Rouen por el presidente de la República, la moda femenina para la próxima temporada, un combate de boxeo entre Kid Austin y el famoso púgil negro Joe Stormbow, luego Doutreval, en Saint-Clément, observando la crisis de un demente y después la exhibición de una rumba, una nueva danza americana. Doutreval salió del local malhumorado y, sin saber exactamente por qué, descontento de sí mismo. Él y Géraudin vieron a Guerran a la mañana siguiente. Géraudin tenía gran interés en el éxito de la gestión de Doutreval. El ministro de sanidad abrigaba el proyecto de hacerse cargo de la policlínica y que todos los cirujanos del país trabajaran en ella sujetos a la menguada tarifa de los seguros sociales. Harto difíciles estaban ya las cosas para las clínicas privadas, incluso la de Géraudin, para que surgiera una nueva competencia. Guerran se mostró en extremo cordial. Prometió su apoyo. El éxito era cierto, dijo. Conseguiría, sin duda una crecida subvención. Además, gestionaría de la Prefectura y del Consejo la concesión de importantes

subsidios. Doutreval se marchó, encantado, con Géraudin. Guerran cumplió su promesa. Al mes siguiente, Doutreval tomó posesión de la enorme y lujosa clínica de la antigua Mutua arruinada por Gaffiaux. Se le concedieron los créditos necesarios. Bajo la inspección de Regnault, dieron comienzo los trabajos de adaptación del inmueble. Para la Pascua de Pentecostés lo más tarde, todo estaría ya terminado. El Centro de curarización sería inaugurado por el ministro de Sanidad —Guerran lo había prometido— y se atendería en él a ochocientos dementes. Doutreval escalaba la cima de su triunfo, apenas velado por una sombra de inquietud y de duda. En efecto, desde hacía quince días las publicaciones médicas revelaban la existencia de una serie de abscesos en los pulmones. Géraudin y Guerran regresaron juntos a Angers. Al Incansable doctor, París le abrumaba y le daba dolor de cabeza. Por otra parte, le esperaba en la clínica mucho trabajo. Flégier se había separado de él y establecido por su cuenta, por lo que Géraudin, como medida de economía, tuvo que prescindir de parte del personal. La crisis se agudizaba cada vez más. El paro aumentaba. No habiendo trabajo, tampoco sobrevenían accidentes de trabajo y disminuían los de automóvil. Las quiebras arruinaban la clientela burguesa. La gente se hacía intervenir en el hospital o simplemente se abstenía de operarse. Las acciones del Banco de Francia que valían veinticinco mil francos en 1929 podían adquirirse por siete mil. Las de la «Société Générale» habían bajado de tres mil a setecientos cincuenta. El dinero colocado por Géraudin había perdido una buena parte de su valor, y las rentas eran prácticamente inexistentes. Y, por añadidura, Géraudin sentíase cada vez más viejo y se daba cuenta de que se oscurecía su talento... Esto era lo más terrible. Géraudin no tenía ya confianza en sí mismo. Cada vez con más frecuencia, en plena labor, en los momentos más delicados de una intervención, le sobrevenía un vértigo, o veía todo como nublado, su cerebro parecía vaciarse de repente y ni siquiera sabía dónde estaba ni quiénes le rodeaban. Era como una negra sina abierta ante él por donde se despeñaba por espacio de interminables segundos. Salía del quirófano entontecido, tembloroso, abrumado, incapaz de proseguir el menor esfuerzo, con la vista perdida y las manos temblorosas. No podía sobreponerse al cansancio. Las intervenciones de larga duración le atemorizaban, sobre todo si eran por la noche. En la clínica le ocurrieron tres o cuatro percances. En el hospital, intervino un día a una enfermera que tenía un quiste incrustado en el ligamento ancho. A la mañana siguiente el vientre de la mujer operada se encontró lleno de orina. En el curso de la operación debió, sin darse cuenta, seccionar el uréter, un delgado canal poco visible que conduce la orina del riñón a la vejiga. Este accidente no es raro porque el uréter es frágil. Basta un movimiento torpe para cercenarlo. A veces, en tales casos, el cirujano no dice nada y trata de readaptar los dos cabos seccionados mediante una sutura. Desgraciadamente, esas suturas fracasan casi siempre y es muy difícil que un uréter vuelva a «pegarse». Y no puede uno confesar a un operado: «Por mi culpa ha perdido usted un riñón». Cuando al fracasar la sutura, el vientre continuó llenándose de orina; Géraudin no tuvo otro remedio que declarar a la enferma: —Lo siento mucho, pero el caso de usted ha sufrido una complicación. Tiene usted una fístula urinaria y será preciso extirparle el riñón. Así lo hizo. La enferma salió curada, sin otros tropiezos; pero los estudiantes lo habían visto todo claramente. Antes de finalizar la semana, el hospital, la Facultad, todo el cuerpo médico de la región sabían que por primera vez, Géraudin se había «cargado» un uréter. El segundo percance ocurrió en la maternidad. Se trataba de una cesárea como el caso de Mariette. La criatura había salido y, aparte de la sangre, todo marchaba bien. Es cosa sabida que en el caso de una cesárea la matriz sangra considerablemente. De repente Géraudin pareció perder el dominio de sí mismo. Se acordó de Mariette Doutreval. Sintió invadirle la espalda el mismo sudor frío de aquel día, se dio cuenta de la inminencia de la catástrofe, se azaró, y, rápidamente, seccionó con las tijeras el cuello de la matriz, extrajo de un golpe todo el aparato genital, matriz y anexos, castrando a la mujer antes de que la hemorragia ocasionara la muerte. Mas al cabo de un cuarto de hora, al volver de lavarse las manos, se dio cuenta de que sus internos estaban examinando la masa de carne y los ovarios, intactos y completamente sanos. Los estudiantes habían comprendido. A partir de aquel día, el declive fue rápido. Y se decía: —¡Géraudin se ha vuelto loco! ¡Géraudin está acabado! Sin embargo, seguía mostrándose brillante. Espléndidos vestigios le quedaban aún de su pasada grandeza. En ciertas ocasiones todavía operaba magníficamente, con un sentido general de todo y una conciencia anatómica sin igual, disecando, por así decirlo, plano por plano. Mas si la intervención duraba demasiado, se cansaba, se atolondraba y acababa por buscar un apéndice debajo del hígado. Y menos mal aún si no se hallaba presente, en tales casos, el médico de cabecera del paciente. Cuando veía a su «patrón» enervarse y ponerse febril, Louis, el chófer, le decía: —Vamos, señor, deténgase, descanse un poco. Le preparaba una silla y un vaso de agua... —Sí... sí... —decía Géraudin. Sentábase un instante, bebía, respiraba, lejos del ser con el vientre abierto que le esperaba. Una vez disipado el malestar volvía al quirófano y terminaba la operación en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, los segundos que se pasan ante una cavidad abdominal abierta, ante un enfermo bajo los efectos de la anestesia, son interminables. Un vientre abierto no espera, no puede dejarse para el día siguiente. En esas cosas había de pensar Géraudin en tales momentos, mientras la señora Claim tomaba el pulso del enfermo, atenta a la posible inminencia del

Síncope. Ese temor al fracaso, a la decepción, obsesionaba a Géraudin. Una obsesión que a fuerza de una angustia febril provocaba una crisis. No practicaba ya una intervención sin consultar a Louis, el chofer, mientras iban en automóvil a casa. Géraudin le preguntaba con ansiedad: —¿Ha ido bien esta vez, Louis? ¡Francamente! —Sí, señor. —¿Ha dicho algo el médico? ¿Ha hecho alguna observación? —En absoluto. —¿No he fallado nada? ¿Todo ha ido bien? ¿Qué opina usted? ¿Cree que estoy en decadencia? No estoy bajo de forma, ¿verdad? —No, no. —¿Hablan bien de mí los periódicos? ¿Ha oído usted decir algo de mí en la Facultad o en el hospital, o entre los médicos? La Prensa sigue hablando bien de mí ¿verdad? Y era necesario que Louis, piadoso, inventara mentiras para tranquilizarle. ¡Si Géraudin fumara un poco menos! Pero no podía resistir el vicio. Un cigarrillo en los labios le era imprescindible. Por la noche le dolía la cabeza, le ardía la garganta y las orejas cobraban un tinte violáceo. Valérie, su mujer, le tenía prohibido el coñac y le ponía agua en el vino. Pero en la mesa, Géraudin, parapetado detrás del periódico, apoyado sobre la botella de vino se escanciaba silenciosamente buenas porciones de borgoña. La vida le pesaba y la decrepitud le abrumaba, por lo que quizás sería mejor acabar pronto. Demasiadas clínicas, demasiado cirujanos. Por bandadas salían todos los años de la Facultad decenas de ansiosos muchachos entre los cuales los más jóvenes «dicotomizaban» sin ningún reparo cedían sus honorarios a los médicos de cabecera y entraban a saco en la clientela, harto menguada ya por la crisis. Aunque Géraudin intentara rebajar los precios nadie se enteraba. Su solo nombre imponía, seguía siendo para la gente el indiscutible maestro y muchos ni siquiera se atrevían a acercarse a él. En cuanto a los pudientes, se hacían intervenir en su clínica y luego le decían: —Los tiempos son difíciles, doctor. Poseo un Picasso, algunas sanguinas de Boucher, una hermosa tela de Manet, unos bellos soles de Van Gogh. . . ¿Quiere escoger lo que le guste en concepto de honorarios? Todo eso estaba muy bien, pero Valérie no ocultaba su disgusto ante aquella galería de pinturas que no aumentaba en un céntimo la cuenta corriente en el Banco. Abrumaba a Géraudin con sus reproches, le tiranizaba y le trataba de incapaz y de derrochador. Fiscalizaba personalmente los ingresos y los gastos de la clínica. No tardó en chocar con la jefa de las enfermeras, la señora Claim, a quien Géraudin había dado hasta entonces una libertad que, a decir verdad, la enfermera se permitía abusar. Valérie se impuso la tarea de examinar las cuentas de la señora Claim, las facturas, las hojas de impuestos, las notas de honorarios, los distintos gastos de la clínica. Sostuvo enconadas discusiones con la señora Claim. Al cabo, la enfermera, exasperada, descargaba su mal humor sobre Géraudin, no le dirigía la palabra y lo trataba con una frialdad hostil de mujer ofendida. Ello hacía sufrir a Géraudin, precisamente cuando le eran necesarios un sentimiento de simpatía y un ambiente de amistad y cordialidad que lo sostuviera mientras operaba. Bastaba con una palabra amable, una frase de aliento. Louis, el chofer lo sabía. Entonces su «patrón» se transformaba, se reanimaba, volvía a encontrar la llama del genio y terminaba con brío las intervenciones. Pero todo eso, esa tranquilidad indispensable a su marido, a Valérie le tenía sin cuidado. Ahora exigía intervenir los ingresos. Géraudin había protestado. Valérie no le dejó hablar. —¿De qué vives? ¿Qué harías sin las rentas de mi dote? ¿Con qué dinero has pagado la clínica? Mandaba a Louis por la región con una porción de facturas por cobrar. Donde Géraudin había puesto cinco mil, Valérie escribía seis mil. Los tímidos no se atrevían a protestar, pagaban y luego se quejaban a sus amigos y desacreditaban a Géraudin. Los violentos se negaban a pagar y despachaban a Louis con palabras poco halagadoras. Y cuando éste regresaba se producía un altercado con su patrona. A los médicos a quienes Géraudin prometiera el veinticinco por ciento de sus honorarios, Valérie, además de hacerles esperar, sólo les enviaba la mitad de la suma convenida. Todos los días se presentaban en la clínica colegas o clientes que formulaban protestas y reclamaciones. Géraudin no osaba decirles que la culpa era de su mujer: argüía que se había equivocado y presentaba sus excusas. Entretanto, Valérie, avarienta para él y para todo el mundo, quiso que renunciara a ir de caza con el pretexto de que eso no era del agrado de Louis, sometía a racionamiento a las sirvientas, que habían de esconder la carne que traía el carnicero, y mandaba preparar para Kiki, su asqueroso pequinés suculentos bizcochos y platos de crema. Por aquel tiempo Kiki murió de una indigestión. Valérie hizo trasladar en automóvil sus restos mortales a La Baule, le dio sepultura en un rincón del parque y encargó un monumento de mármol blanco que costó cuatro mil francos. Mientras, el tercer hijo de Louis yacía en cama a consecuencia de una nueva serie de abscesos abiertos en la tibia. Falta de aire puro, de sol, de frutas y de una sana alimentación. En Angers, sentía Géraudin una desazón y una tristeza infinitas. Le invadía la nostalgia de su comarca natal, de su pueblo de Bordelais, de la vida sencilla, rústica y apacible con que transcurriera su infancia. —¡Volver allí! —exclamaba—. ¡Volver allí! Sin medicina, ni intervenciones, ni colegas, ni clínica, ni alumnos, ni Facultad, ni lucha. ¡Oh, qué sueño! —Déjelo usted todo —le respondió Louis— ¡Cierre la clínica, márchese usted! —La señora no lo quiere, Louis. Y era verdad, Valérie no lo quería. En Angers, era la mujer de Géraudin, el famoso «patrón» y se negaba a desterrarse aun perdido rincón, malvender la clínica y perder en la operación uno o dos millones. Aunque Géraudin continuaba la lucha, conocía ahora el rudo batallar de sus competidores, los cirujanos que necesitan del médico para vivir, que dependen de él, que se convierten en servidores

suyos. A veces, conduciendo a su «patrón» acompañado de uno de los tres o cuatro médicos que más trabajaban en la región, llegaban a oídos de Louis singulares conversaciones: —¿Saldrá de ésta? —decía Géraudin. —¡Psé! —respondía el médico. —En fin, ¿vale o no la pena de operarlo? —¡Oh, sí, eso sí! —¿Hasta cuánto puedo subir? ¿Cuatro mil? —Más. —¿Cinco mil? ¿Siete mil? —Ponga ocho mil. El padre tiene buena posición. Hay dinero... Naturalmente, la mitad para mí. A veces reanudábase la discusión en el cuarto contiguo a la sala de operaciones a algunos pasos del enfermo ya anestesiado. —¿Tres mil? ¿Cuatro mil? —Cinco mil. Y dos mil quinientos para mí. — ¡Usted está loco! —entonces, dos mil. Pero ni un céntimo menos. Disputaban. Louis y la señora Claim les hacían signos señalándoles la puerta del vestíbulo donde los familiares que esperaban podían oír... Géraudin se negaba antaño a trabajar con esa hez de la corporación, mal vistos además por el sindicato de médicos. Mas ahora había que consentir en ello. Sin embargo, Géraudin, de naturaleza sanguínea, era colérico y conservaba aún el orgullo de su pasada grandeza. Sobre todo tenía conciencia de su propia personalidad, que a veces se despertaba en él con singular violencia. No era raro en él apostrofar procazmente a un colega y mandarlo a paseo. Se negaba a ser el servidor, el instrumento de ciertos médicos sin escrúpulos. A veces, llamado a la cabecera de una enferma, descubría en la matriz, un tumor anormal que hacía difícil el diagnóstico. —¿Cuándo va a intervenir este quiste? —decía el médico de cabecera al trasladarse ambos al salón para deliberar lejos de la familia. —No es un quiste —decía Géraudin—. Es un cáncer. La intervención es inútil. —¡Tú desvarías! —¿Te digo que es un cáncer! —¡Te equivocas! Conozco muy bien el caso. Soy médico de la familia. ¡Insisto en que se haga la intervención! —Está bien —decía Géraudin. Mandaba llamar a los familiares de la enferma. Y entonces, con una franqueza brutal en presencia de su enfurecido colega, explicaba: —Mi colega y yo no estamos de acuerdo. Él es de la opinión de que se practique una intervención y yo sostengo lo contrario. Tengo la certeza de que se trata de un cáncer. No se efectuaba la operación. Pero al salir de la casa y una vez en el coche, surgían las explicaciones. —¡Por tres cochinos billetes querías tú que yo interviniera a esa pobre mujer! ¿Sabes lo que pienso de tí? Que eres un granuja. Sí, sí, un perfecto granuja. A Dios gracias, los canallas como tú son muy raros en nuestra profesión. Luego, al quedarse solo, Géraudin se sosegaba, se tornaba apacible, lamentaba la violencia de su lenguaje y encontraba de nuevo el fondo de timidez que ocultaba, en realidad, bajo su brutalidad. Y presa de ansiedad, preguntaba a Louis. —No he sido demasiado duro ¿verdad, Louis? ¿Qué le ha parecido a usted? De todos modos, yo tenía razón. ¿Cree usted que se habrá ofendido? —¡Oh! Vaya usted a saber —decía Louis. —Sí. Quizá he ido «demasiado lejos»... ¿qué dirá su mujer? No me mandará más clientes. Hubiera debido mostrarme más condescendiente... Y el asunto terminaba con una carta de excusa. Pero a la próxima ocasión, Géraudin volvía a las andadas. Decididamente, no conseguía resignarse a derramar sangre inútilmente para salvar a Valérie y a su clínica. Un hombre se presentó en «L'Egalité», solicitando ser atendido por Géraudin. Era un agente de policía. Al practicar una detención recibió junto al corazón una bala de revólver. No había podido extraerse el proyectil que poco a poco se había ido moviendo hasta «caer» en la cavidad del corazón. Y ahora el fragmento de acero se movía y cambiaba de sitio. Cuando esto ocurría, el herido vivía una agonía horrible hasta que le sobrevinía un Síncope. Un día u otro sería la muerte. Había oído decir que Géraudin había intervenido casos semejantes, que era uno de los inventores de la técnica por la cual puede abrirse un corazón en vida. Y deseaba que él lo operase. Esa intervención había, entre otras, cimentado la fama de Géraudin. Comenzaba por administrar al herido una crecida dosis de un producto que aminoraba considerablemente los latidos del corazón. Luego cercenaba las costillas, y abriendo el pecho dejaba el corazón al descubierto. En este momento y sin hacer uso todavía del bisturí «recosía»; es decir, que pasaba en el músculo cardíaco una especie de lazo, un hilo cuyos dos extremos sostenía un ayudante. Luego, Géraudin, con la mano izquierda, agarraba el corazón, esperaba un latido e inmediatamente después oprinía fuertemente el órgano entre sus dedos para evitar y retrasar lo más posible la pulsación siguiente. Entonces, con la mano derecha aplicaba el bisturí con una rapidez prodigiosa, cogía unas pinzas, las colocaba en el corazón, hurgaba y extraía la bala. En el mismo instante, el ayudante tiraba del hilo que hacía las veces de nudo corredizo y la herida quedaba instantáneamente cerrada. Géraudin soltaba la mano izquierda, y, entre sus dedos, con una repentina palpitación, volvía la vida. La intervención podía, puede decirse como practicada entre dos latidos del corazón. Esa maravillosa operación en perspectiva dio a Géraudin insospechados ánimos. Aunque tomó sus precauciones e hizo trasladar al enfermo desde «L'Egalité» a su clínica particular, lejos de toda curiosidad, con el pretexto de que el paciente precisaba de cuidados especiales y de una absoluta tranquilidad, el asunto se propaló. No tardó en hablarse de ello en la Facultad, en «L'Egalité» y en la ciudad. —Una «bala en el corazón». En la clínica de Géraudin hay un caso de «proyectil en el corazón». Los rivales de Géraudin estuvieron al acecho. ¿Intervendría al herido? ¿Lo salvaría? Géraudin vivió horas amargas ¿Operarlo? Tenía miedo. ¿No intervenirlo? ¿Enviar al enfermo a uno u otro de los cirujanos de la facultad de París, con quienes había colaborado para determinar el procedimiento a seguir en tales casos? Esto era confesar su impotencia, proclamar su decrepitud, decir,

en suma, a los médicos del país: —Envíen sus enfermos a otro. Géraudin se decidió a operar. Incluso fijó una fecha y mandó preparar al enfermo. Fue al depósito de «L'Egalité» en solicitud de cadáveres que no habían sido reclamados por los familiares. Tres veces practicó la intervención para cerciorarse de la agilidad de sus manos y familiarizarse de nuevo con la técnica de la operación. Creíase a punto, seguro de sí mismo. Y se decía: «De todos modos, en esos casos hay un crecido porcentaje de fallecimientos. Nada podrán reprocharme. Ni yo tampoco, ha sido él quien lo ha querido, quien me ha escogido a mí». Sobre todo, cuando interrogaba a su conciencia tenía la certeza de «estar en forma». Sin embargo, pasó unos días terribles, los días de un criminal abrumado por los remordimientos. Finalmente, lo mandó todo a paseo. Tuvo un bello gesto de rebeldía. Una mañana, en presencia de la señora Claim, Louis, sus ayudantes y el jefe de clínica, después de haber examinado al paciente, se irguió y dijo bruscamente. —Pues no. Estas cosas no son para mí. Amigo mío, en París está Labriet, un cirujano, uno de mis camaradas. Él le operaría mucho mejor que yo. Hubo una pausa. Luego añadió, como avergonzado, en voz queda: —Yo ya soy demasiado viejo... Y diciendo esto salió de la estancia sobrecogido, anonadado y con los ojos humedecidos de lágrimas. Sin embargo, en aquel instante le invadía a Géraudin en el fondo de su alma un sentimiento de goce inefable. Sentíase ennoblecido. Mucho más que si hubiera practicado con éxito aquella intervención. Comprendía en aquel momento la gallardía y la grandeza que entrañaba, con la renuncia, la confesión de la propia decadencia. En aquel instante, hubiérase dicho que Géraudin casi alcanzó la verdad, la liberación y la salvación. Intuyó una gloria todavía posible, más pura, más verdadera, indestructible, en la sinceridad, en la sencillez y bella aceptación de la vejez y de la muerte. ¡Cuánta dulzura, qué tentación le deparaba la pública confesión, la apelación a otros colegas más jóvenes, la sumisión a la ley del destino! ¡Qué incomparable aureola ceñiría su frente al reconocerse ante todos como inferior! Pero retrocedió. Era ya demasiado tarde. Géraudin era prisionero de su pasado. Demasiadas envidias, demasiados odios a su alrededor. Demasiado dinero a ganar, demasiados vínculos: Valérie, la clínica... Era preciso mentir, disimular... Se sintió encadenado a su pasado. Con gran discreción y a expensas suyas, en su «Panhard» de magnífica suspensión transformado en ambulancia, Géraudin mandó al enfermo al profesor Labriet, de París, quien le operó y le salvó. Géraudin confiaba en que se mantuviera el secreto de su decisión. Sin embargo, algunos «amigos» le interrogaron sonriendo: —¿Qué tal ha ido su «proyector en el corazón»? Lo que desazonaba al desdichado cirujano. Cuando no podía resistir más ordenaba a Louis que preparara el coche y se iba tres días a La Baule a ver a Henri, su hijo idiota. Allí estaba tranquilo, se olvidaba de todo, se ocupaba de Henri, iba con él a paseo, le cuidaba y le mimaba pensando en aquel otro hijo, aquella criatura inteligente, dulce y apacible que había abandonado y del cual jamás volvería a saber. De vez en cuando, el idiota, mirándole fijamente, cesaba por un instante en sus gemidos y en su eterna música. «Quizá me haya reconocido» pensaba Géraudin, turbado. Y éste era su único consuelo. —¡Ahora comprendo por qué no quieres que vayamos a París! —dijo Julienne Guerran un sábado, cuando el ministro regresó de Angers—. ¡Parece que no te aburres del todo! Ella le puso ante sus ojos un entrefilete de Le Diable Boiteux, un semanario satírico parisiense de poca circulación. «La intervención de nuestro simpático ministro de Agricultura fue vigorosamente aclamada. Calurosos aplausos se oían en una tribuna, surgidos de unas manecitas enfundadas en guantes de lino... No ha pasado inadvertida la fidelidad de cierta joven Egeria, morena y de pálida tez, hacia nuestro técnico en cuestiones agrícolas... » No era ciertamente una indiscreción grosera. Incluso hubiera sido gracioso de no mediar Julienne. Guerran se limitó a encogerse de hombros, pero no logró soslayar la disputa que desde hacía tres días meditaba Julienne, quien había mostrado el periódico a Charles y a Micheline. Ésta puso cara agría. A pesar de todo, Guerran volvió a marcharse solo a París. —Tenemos que ser prudentes... Mi mujer sospecha algo... —advirtió a Fabienne. —¡Bah! —dijo Fabienne—. ¿Me quieres? —¿Acaso lo dudas? —entonces... —Un escándalo... —Si tú me quieres como yo a ti no temo ningún escándalo. ¿Me quieres? —¡Fabienne! ¡Fabienne! —dijo Guerran estrechándola en sus brazos—. Es por ti por quien temo... Tu padre... Los que te rodean... ¡Ah! Comenzar de nuevo contigo una nueva vida. ¡Oh, qué sueño! ¡Tú, mi compañera, mi mujer! ¿Te das cuenta? Y, ¿quién sabe? Quizá un día, dentro de algún tiempo, en nuestro hogar, como una aprobación del destino, como una bendición a nuestra audaz aventura, como el signo visible de que habremos obrado bien, de que a pesar de todos habremos seguido en la vida el camino recto, tal vez un día, en nuestra casa, un hijo, nuestro hijo, tuyo y mío. ¿Qué me dices a eso, Fabienne? —¡Olivier! —murmuró Fabienne, enajenada. Pero el jueves siguiente, Julienne llegó inopinadamente a París. Por poco encuentra a Fabienne en el Ministerio. Ésta pudo escapar por el corredor secreto que comunica el despacho del ministro con sus habitaciones particulares. Esa afrenta, de haberse consumado, hubiera, por primera vez, dado a Fabienne conciencia de su vergonzosa y miserable situación. Julienne se despidió de su marido a la mañana siguiente para tomar, según dijo, el tren de Angers. Sin embargo, aquella tarde, a las ocho, al encaminarse a la «Coupole» con Fabienne, Guerran creyó reconocer, detrás de él, la furtiva silueta de su mujer que estaba al acecho en la esquina de la calle de Varennes. Guerran volvió a Angers a pasar el fin de semana. Cuarenta y ocho horas

transcurrieron en medio de disputas interminables, escenas y discusiones a voz en grito con Julienne. Por lo visto, ésta había puesto sobre aviso a sus hijos. Charles parecía no darse cuenta de la presencia de su padre, y Micheline se pasaba el día refunfuñando. Guerran trató de convencer a su hija de que lo que decía Julienne era pura fantasía y que él era incapaz de una acción semejante. De todos modos, antes de volver a París, logró conciliarse con Micheline. Era lo esencial. El mismo día de su llegada vio a Fabienne y juzgo conveniente prevenirla. —Esta vez, querida, la cosa se ha puesto seria. Mi mujer nos ha visto juntos... Acabo de ser sometido a una serie de escenas de gran espectáculo... Estoy convencido de que seremos vigilados. —Entonces... —Debemos ser prudentes. Quizá sería conveniente vernos con menos frecuencia... —¿Con menos frecuencia? —Sí. Evitar los lugares públicos, encontrarnos más discretamente. —No modificaré en nada mi conducta —exclamó Fabienne—. ¡Nada me importa! Supongo que no vas a emponzoñar nuestra felicidad con esas historias. ¿Me amas? —Bien lo sabes. —Entonces... Fabienne se mostraba arisca y no se avenía a razones. Guerran o se atrevió a insistir. Sin embargo, los días siguientes Fabienne tuvo en varias ocasiones la impresión de que era espiada, de que la seguían. Un anciano de aspecto bonachón seguía sus pasos y si ella se detenía pasaba por su lado con visibles muestras de azoramiento. Luego un hombre joven, desaliñado en el vestir, no se separó de ella desde el Quai aux Fleurs hasta el Ministerio. A veces, en la puerta del restaurante, Fabienne encontraba un rostro visto ya en varias ocasiones durante el día. Avergonzada y furiosa, habló de ello a Olivier. —Estoy segura de que me están espiando. —¿Espiendo? —Tu mujer, no cabe duda. Debe de haber pagado los servicios de una agencia. —Está bien —contestó Guerran—. Terminaré con esto. Mandó telefonar a la Prefectura de policía. Dos inspectores detuvieron al «espía» y se enteraron de cuál era la agencia de policía privada que le pagaba. Citado al efecto, Villemetz, el director de esa oficina, aceptó las propuestas de Guerran: seguirían enviando a Julienne las informaciones que le dictaría el propio ministro, mediante una retribución de cinco mil francos. Guerran se enteró de que Julienne ignoraba todavía la identidad de Fabienne. Pero en adelante, cuando la muchacha salía era seguida constantemente por dos fornidos inspectores de policía, que la escoltaban de una manera, si bien discreta, continua y exasperante. Aquello duró tres días. Al cuarto, Fabienne, con los nervios desatados, se presentó en el Ministerio y disputó acaloradamente con Olivier Guerran. No podía resistir más, quería mandarlo todo a paseo y vivir libremente su vida, costase lo que costase. Guerran, aturcido, trataba de apaciguarla, con lo que sólo conseguía irritarla más. Fabienne resumía sus alegatos con la pregunta de siempre: —¿Me amas? Pues entonces... No es fácil hacer comprender a un ser joven, impetuoso y absoluto, las necesidades de la prudencia, las maniobras, las concesiones, la diplomacia que exige la vida. Varias veces disputaron violentamente. Las discusiones duraron toda la primavera. Julienne se presentó de nuevo en París, dispuesta a encontrarse con aquella desconocida cuya influencia sobre su marido no le pasaba inadvertida y cuya identidad quería a toda costa conocer. Guerra comenzó a inquietarse. A mediados de junio cayó el Gobierno. Guerran casi se alegró. Sentíase cansado. Anhelaba un cambio de vida que le trajera más seguridad y una mayor paz espiritual. Julienne quería que volviera a Angers. Fabienne exigía que se quedara en París. Ello dio motivo a una nueva escena: —En una palabra, que tú quieres mi perdición —dijo Guerran a Fabienne—. Soy casado y ocupo una situación preponderante. Un escándalo sería la catástrofe. ¿Acaso deseas mi ruina? —Yo creía que me amabas. —Te amo, pero también debo vivir. Tengo una familia... —En suma, que sólo piensas en ti mismo. Está bien. Estuvieron una semana sin verse. Luego, una mañana Guerran fue a la clínica y preguntó por Fabienne. —Perdóname, no puedo más. ¡Sufro demasiado! No tienes corazón. —¿Es que yo no he sufrido? —replicó Fabienne. —Vamos a marcharnos. Olvídalo todo y perdóname. Te propongo que pasemos el verano en la Charente. Mi mujer se va de vacaciones a París-Plage con los chicos. Seremos libres, felices como en Aix. Ya verás. ¿De acuerdo? ¿Prometido? Dame un beso, Fabienne. Fabienne solicitó del doctor un permiso de dos meses. Entendióse perfectamente con la señora Haget, esposa de un comerciante del mercado a la que había cuidado durante tres semanas en la clínica donde ingresó a causa de un aborto. La señora Haget tenía un amante y «comprendía la vida». Convínose que para todo el mundo, incluso para Doutreval, Fabienne iba con los Haget a pasar las vacaciones en Biarritz. Si en el curso de uno de los viajes que Doutreval efectuaba por Francia llegara de improviso a casa de la señora Haget le diría que Fabienne acababa de salir para Angers, con la intención de verle. Y al mismo tiempo advertiría telegráficamente a Fabienne de que se dirigiera inmediatamente a casa de su padre. Además, todas las semanas la señora Haget echaría al correo las cartas de Fabienne para Doutreval. Todas esas ruines combinaciones las preparaba Fabienne con la señora Haget por la noche en el cuarto de la enferma. Ello no le causaba la menor violencia. A fuer de haber vivido en medio de esa corrupción, sentíase semejante a las demás mujeres. Sin embargo, había momentos en que, consciente de sí misma, aquilataba lúcidamente el cambio que se había experimentado en ella. Parecíale que todo aquello era un sueño, que nada de lo ocurrido era verdad. Y entonces se miraba largo tiempo al espejo, como si contemplando aquella faz pálida, cetrina, enmarcada por negros cabellos recogidos en trenzas, aquellos ojos negros, aquel cuerpo tan joven, casi infantil,

aquella grave expresión, quisiera penetrar en los recovecos de su alma. ¿Era posible que tras aquel rostro hubiera «todo aquello»? ¿Qué fuera ella, Fabienne, la misma Fabienne de antes, la amante de Guerran, que se deshonrara a su lado, que combinara con la señora Haget aquellas miserables intrigas de adulterio y de dormitorio? Tenía la impresión de que todo aquello era un sueño. No, no era verdad; era de todo punto imposible. De pronto, sonó el teléfono. Guerran la esperaba y la citaba para las ocho en los Campos Elíseos. Vestidos, taxi, cena en el restaurante Ledoyen, espectáculo. Fabienne se dejaba arrastrar por aquel torbellino y no tenía ya tiempo de reflexionar.

CAPÍTULO Tercero. Se anuncian los esponsales de Seteuil con la señorita Anne-Marie Lausefeld, la hija del poderoso industrial. Magnífico partido para Seteuil, viudo con un hijo. Con todo no es tampoco Seteuil, un partido despreciable. De apuesto continente, la negra barba y la frente despejada le dan un aire intelectual. Y, además, gana mucho dinero. «Trabaja» con el cirujano Lequesnoy, quien le cede el cincuenta por ciento de sus honorarios. Una leve amigdalitis, un asomo de apendicitis, y, de resultas, Lequesnoy, el «billar» y el bisturí. —¡No comprendo las cavilaciones! —exclama Seteuil—. ¡Es tan sencillo abrir un vientre y ver lo que hay dentro! Una nube ensombrece aquel magnífico equilibrio. Una noche su hijito sufre una indigestión. Cólico, vómitos. El vientre no está duro y no hay temperatura... Sin embargo, Seteuil piensa en la apendicitis y se inquieta. Llama a Michel, quien le tranquiliza. Al día siguiente no se nota ninguna mejoría. Viene Holmont a ver al chiquillo. —Yo soy partidario de una intervención. De todos modos, no perderemos nada con extirparle el apéndice. —¡Bien se ve que no es tu hijo! —exclama furioso Seteuil. El viejo Rosselet, a quien se ha consultado, emite su opinión. —No veo la urgencia... Pero a la mañana del tercer día sube la fiebre. Seteuil se precipita al teléfono para llamar a Lequesnoy, mas en el último momento vacila. Sí, Lequesnoy es un buen cirujano, pero en el fondo no tiene el golpe de vista ni la mano de Roy... No cabe duda, Roy es infinitamente más seguro. Y además, al menos no opera por el simple placer de operar. Tras una breve vacilación, Seteuil marca en el disco negro agujereado de círculos blancos del teléfono el número de Roy. Roy procede a auscultar al niño. Detrás de él, Seteuil espera con el corazón oprimido. Se imagina a su hijo con el vientre abierto, ahogándose bajo un balón de éter piensa en los síncope, las hemorragias, las infecciones, los largos martirios que producen las vendas al arrancarse, los drenajes que se limpian, las grapas de acero clavadas en la piel... ¡Por Dios, que ahorren ese calvario a su chiquillo! —Es muy nervioso —murmura Seteuil—. Una raquis me da miedo... Y una anestesia total, con un hígado enfermo... ¡Hay tantos peligros! Piense en todo eso, roy. Roy no dice nada y continúa examinando al chiquillo. Luego se incorpora. —No, francamente, no —dice—. No creo que se imponga la intervención... Respiración profunda sin dolor, ninguna retención de gases... El chico puede conservar su apéndice. De algo le servirá, aunque se diga lo contrario... ¿La fiebre? No es más que desnutrición. Comience por darle jugo de manzanas dulce... Seteuil, renace a la vida. Ahora que su hijo no tendrá que padecer, todo parece sonreírle. El niño se restablece. Según la costumbre, Seteuil envía a la señora Roy, a guisa de honorarios, un magnífico chal de Persia antiguo. Y Roy, al ver a su mujer colgar en la pared del salón el hermoso chal, piensa, con un poco de melancolía, que ello no impedirá a Seteuil que continúe, como antes, recomendando a sus clientes que se hagan intervenir por Lequesnoy. —¡Eso de la dicotomía es una plaga! —exclama Roy. Aquella tarde fue, como al azar, a ver a Michel. Se siente triste y cansado. Demasiado trabajo, demasiada competencia, excesivos impuestos. El hospital se lleva toda la clientela. Lequesnoy con su dicotomía y Romagnol, el gran «patrón» de Lille, con su título de profesor, arramblan con lo que deja el hospital. Roy ha prescindido de su ayudante. Dedicará ahora algunas de sus noches a practicar esterilizaciones para intervenciones del día siguiente. Su mujer hace las veces de ayudante en las operaciones. Y, además, tiene siete hijos. Respecto a esa cuestión de la dicotomía, Roy tenía formada su opinión. El médico tiene derecho a su parte de honorarios. Es él quien, cuando se plantea el caso de una intervención, decide, telefonea, hace gestiones y actúa de consejero. Es moralmente responsable. No hay, pues, ninguna razón para negarle su retribución. Roy propone establecer un baremo, una tarifa de honorarios especiales, para el médico, habida cuenta de la gravedad de la operación y la parte de responsabilidad y de iniciativa que le competen. La única dificultad estribaba en determinar esa tarifa. Sin embargo, llegóse a estipularla tras una serie de consultas con algunos colegas. Pero cuando todo estaba a punto, el sindicato se mostró en desacuerdo: «Demasiado complicado, muy discutible...». En realidad, el médico no gana lo suficiente para prescindir de tal beneficio. Y resulta irritable leer contra la dicotomía artículos con la firma de grandes «pontífices» que pueden, sin quebranto alguno darse el lujo de hacer gala de una honestidad profesional. —De todos modos, en el fondo —arguye Roy— no hay nada que hacer. Nada, ni siquiera el sistema de «un tercer pagador» impedirá al cirujano poner en manos del médico un billete de mil, ni al médico aceptarlo. En esto, como en los casos de aborto, de los accidentes de trabajo y de todo lo que ustedes quieran, no basta la ley. Debemos actuar, ante todo, sobre la conciencia de cada uno de nosotros. Todo es cuestión de conciencia individual. Contar con una tarifa razonable debidamente reglamentada. Y sobre todo y en todo momento, velar por el reclutamiento y la formación del cuerpo médico a fin de que se respeten las reglas establecidas.

Hace algunos meses, Brunel, el chofer de los Hesdelot, los ricos harineros, se rompió el brazo en un súbito retroceso de la manivela. Seteuil, Lequesnoy y otros médicos han atendido al paciente sin lograr que la fractura llegara a curarse. Esto no se osifica. Lequesnoy, partiendo del principio de que Brunel está desmineralizado, ha prescrito un régimen de pan integral y legumbres cocidas, y, además, de una manera harto simplista, le ha administrado copiosas dosis a base de productos calcáreos. Resultado: el mal no ha hecho sino empeorar, como sucede muy a menudo. Por último, Brunel llama a Michel. Brunel —el caso es frecuente— sufre un síndrome completamente ignorado de los «clásicos»; la desmineralización por sobremineralización. Tez pálida, labios agrietados, caries dental. Ese ser debilitado no consigue ya asimilar las sales minerales. Y la sobrecarga que le ha impuesto Seteuil no ha hecho más que obstruir el organismo dejando al mismo tiempo hambrientas las células. Pues un organismo debilitado sólo puede aceptar alimentos ligeros y desconcentrados. Michel prescribió un régimen a base de pequeñas dosis de trigo crudo y cocido, ensalada fresca, legumbres hervidas, cambiándose el agua varias veces en el curso de la cocción, pan blanco, frutas dulces y prohibición absoluta de ácidos. Mejor que una abrumadora sobrecarga mineral esa alimentación desconcentrada y ligera, proporciona a Brunel los materiales que su organismo anémico tiene que metabolizar. Recalcificación rápida. Brunel se hace radiografiar su brazo curado en casa de Lequesnoy. Y éste no comprende nada. Pero Brunel ensalza a Michel de tal modo que sus patronos, los Hesdelot, se deciden a llamar para su padre a ese «mediquillo». Evidentemente sus módicas tarifas no inspiran la menor confianza. Pero ¿quién sabe? A veces, a través de la servidumbre, se penetra en casa de los ricos. El anciano padre Hesdelot tiene un cáncer. Demasiado tarde para una intervención. Opium et mentiri. Los Hesdelot se muestran muy contentos con Michel. Excelente reclamo. Le llaman luego los Lavaisne, ricos destiladores. Es la primera vez. Emoción. Michel se prepara con más cuidado que de costumbre y se sorprende a sí mismo al hablar con cierta aspereza a Evelyne a propósito de una mancha en sus guantes de hilo. Pasa largo rato en abrillantar las deslustradas aletas del «Citroen». Evelyne le ayuda. Ha salido de la cocina llevando un sucio delantal. Sus manos están ennegrecidas por la pasta con que ha limpiado el hornillo. ¿Por qué, al verla así, siente hoy Michel una impresión tan desagradable? La morada de los Lavaisne se levanta en medio de un parque, detrás de la destilería. Vestíbulo de mármol. Majestuosa espiral de una escalera doble con pasamanos de hierro dorado. Discreción de sirvientas con gorro y delantal blancos. Toda la familia Lavaisne le aguarda: él, un gigante de tez rojiza, gran consumidor de coñac; su mujer, platinada, con la cara llena de afeites, de pierna fina, al parecer de Seteuil; la hija, una muchacha de veinte años, tan pintada como su madre, y el hijo, un atildado colegial que fuma cigarrillos ingleses. Sobrevienen las explicaciones: la abuela acaba de ser víctima de un ataque de nervios. Al subir la escalera de honor, Michel trata de recordar las reglas del comportamiento del médico, que le enseñaron en la escuela: caminar con precaución sobre las alfombras, desconfiar de los pavimentos encerados, procurar, durante la auscultación, no inclinarse demasiado, lo que puede hacer perder el pie y dar grotescamente de narices sobre el almohadón o el edredón... Tales precauciones imprimen a su rostro, mientras avanza silenciosamente hacia la enferma, una expresión de singular estupidez. Tratábase de una apoplejía. Un movimiento convulsivo sacude todavía de vez en cuando a la anciana, que ha entrado ya en el coma. La enferma se sobresalta, mueve los pies y las manos y vuelve a desplomarse inanimada. A sacudidas, la hemorragia va anegando, uno tras otros, los centros cerebrales, provocando un último espasmo. Pero el viejo corazón aguanta y puede resistir semanas enteras... Michel, entregado por completo a su examen, ha olvidado a los Lavaisne y su lujosa mansión, y al incorporarse hace bambolear con la cadera la mesita de noche llena de teteras... —¿Qué opina usted, doctor? Poco o nada puede recetarse. Esto es lo peor... Un caso ideal para aparentar ser un imbécil. —Volveré esta noche —balbucea Michel—. Yo... nosotros... Ya veré esta noche... Parece increíble como el «Citroen» frente a la escalinata pueda tener con su tapizado roído, sus fundas de encaje y su pobre muñeca, un aspecto tan miserable y prehistórico al lado del suntuoso «Buick» de los Lavaisne, deslumbrante con el poderoso brillo de su esmalte negro y de su cromado donde se mira el chofer con blusa blanca y cuello y bocamangas azules. Lo que queda de la abuela Lavaisne se empeña en vivir. Los Lavaisne se sienten nerviosos. Les fastidia aquel semicadáver que no acaba de morir. Con voz suave, el orondo Lavaisne sugiere: —¿No son una crueldad, doctor, esos sufrimientos inútiles? ¿Es que una pequeña inyección...? a mi parecer, una muerte rápida sería más humano. Puesto que no hay esperanza... La rubia señora Lavaisne y su hija, con el rostro pintado y las manos arregladas, son de distinta opinión. El sábado deben asistir a una velada en casa de los Hesdelot, los harineros. Y piensan: «¡Con tal que viva hasta el sábado! ¡Tenemos ya los vestidos encargados! ¡Todo esta a punto! ¡Sería un desastre!» Les preocupa tanto la idea de no poder asistir a la fiesta, que acaban por solicitar una consulta con Seteuil. Seteuil ha ido a buscar a Michel con su coche, un «Panhard» impecable, al que Seteuil echa una última ojeada. —¡El detalle, amigo, el detalle! ¡Es muy importante! Antes de entrar en casa de los Lavaisne, Seteuil se cepilla el traje, se limpia los zapatos con un trozo de gamuza y de una bolsa del coche saca tres pares de guantes y escoge el más nuevo. —Siempre llevo tres pares en el

coche —dice—. Los más sucios para los obreros. Éstos para los burgueses, y éstos, completamente nuevos, para las «grandes familias». Y ahora, entremos. En la cabecera de la enferma, Seteuil deslumbra a los Lavaisne, y a Michel. Saca de su maleta instrumentos y más instrumentos. Un Pachon estetoscopios, objetos de níquel y de ebonita, sobre todo de níquel. Reclama una toalla y otra y otra. Jamás aplica el oído sobre la piel desnuda. Saca una estilográfica de oro. ¡qué aire doctoral le prestan la barba y la incipiente calvicie! La receta deja a Michel estupefacto. Comienza, en tono solemne y en término a la sazón a la moda: «Aconsejamos a la señora Heurtebise-Lavaisne la medicación siguiente... » Y a renglón seguido, ¡ni una sola especialidad! ¡Ni un solo medicamento ya preparado al uso de todo el mundo! En cambio, una serie de recetas complicadas colmadas de términos latinos, de fórmulas químicas, de abreviaciones cabalísticas, sólo inteligibles para los farmacéuticos... de lo que cabría dudar. Algo que, con toda evidencia, ha sido especial y halagadoramente concebido para uso personas y exclusivo de la abuela Lavaisne. — ¡Nunca harás fortuna! —dice Seteuil a Michel acompañándolo en el suave y silencioso «Panhard»—. A los ricos hay que dejarles boquiabiertos. ¡Instrumentos, objetos niquelados y elegantes automóviles! ¿Hay que deslumbrarlos! Cuando te invitan a comer, procura llegar tarde. Si no tienes nada que hacer, pásate mientras tanto. Hay que adoptar una expresión de fatiga. ¡Y manojos de flores y cajitas de almendras garrapiñadas! Tampoco con los obreros sabes hacer las cosas. La chiquilla de Gaby van Houtten, la tendera, atrapa la escarlatina. ¡Enfermedad contagiosa! Te falta tiempo para advertir al Ayuntamiento y hacer cerrar la tienda por un mes. ¡Qué idiota eres! Había que prevenir a la madre, arreglártelas para que guarde el secreto de la enfermedad, que traslade a la niña a su habitación y que hable de una gripe. Puedes estar tranquilo, durante años y años siempre atenderás a alguien de la familia Houtten. ¿Y Fally, el carnicero? Se queja de ti, lo he sabido por mi sirvienta. No le compras ni un gramo de carne. Ya sé que la corta como un leñador, y que la carne no figura mucho en tus comidas, pero hay que comprar a todo el mundo... Yo, cada vez que paso delante de la tienda de Faily, no me olvido de dar una palmada a los cachos de buey que cuelgan de los garfios y digo: «¡Ah, qué hermosa carne!»». »Y además no se te ve nunca por el estanco de Simonet. Es una necedad. Una gran tontería. ¿Acaso no te das cuenta de que un estanquero puede hacerte una propaganda formidable? Vas allí, invitas a fumar, el obrero te ve y piensa: «Pues no es orgulloso... »»Y cuando llega la ocasión, te llama. Pero, sobre todo hay una cuestión de los regímenes. Demasiado rígidos, demasiado absolutos, amigo Michel. Sí, ya lo sé, el alcohol, el tabaco, las grasas, la mantequilla cocida... Pero cuando tú has dicho y recetado lo que a tu juicio debías, si la gente no quiere someterse al régimen que has prescrito, si prefieren llevarse buena vida y «diñarla» con la tripa llena, eso no te importa en absoluto. Deja que hagan lo que quieran y lávate las manos. Yo en seguida vi claro. Cuando un paciente comienza a insinuar: «¿Ni media pipa, doctor? ¿Ni dos dedos de coñac? ¿De veras me haría daño?», comprendo en seguida. »Bueno, consiento en dos dedos de coñac, pero sin abusar, ¿eh?» Sobre todo, no mortificar al cliente. ¿No te has preguntado nunca por qué los fabricantes de «reconstituyentes» han amasado grandes fortunas? Porque han cuidado de que sus porquerías sean agradables al paladar. Éste es el secreto. Se lo tragan como si fuera vermut. Todo el mundo lo quiere. Incluso lo saben los chóferes que reparten los productos a los farmacéuticos: a las once de la mañana detienen el camión en la carretera y rompen el gollete de una botella de «Kosto-divnamine» o de «Bicot-genol». Y entregan los pedazos al patrón. Gastos generales... Falta de psicología. Esto es todo. No lo olvides, querido Michel. A la noche, terminada la cena en la cocina, Evelyne lava los platos y Michel se va a su despacho. Enciende el radiador de gas, abre la carpeta de las facturas y hace sus cuentas. El fin de mes será duro. Carbón, contribuciones, un neumático nuevo al C. 4. Y además, para que todo marchara bien, haría falta una criadita porque la asistenta, con abrir la puerta e introducir a los clientes tiene ya bastante. De un tiempo a esta parte, Evelyne tiene mal semblante. Domberlé, avisado, exclama: «Sobre todo, descanso, mucho descanso». Evidentemente Evelyne ha perdido. Hace tres noches que duerme muy mal. También esta noche, Michel ha velado con ella hasta las dos de la madrugada para no dejarla sola, para compartir su insomnio, para alejar de ella los pensamientos sombríos... Sabe que si Evelyne no logra conciliar el sueño se apodera de ella una extraña melancolía. Finalmente, se ha dormido. Michel, cansado, permanece despierto largo rato. No cabe duda, hace falta una persona para atender la casa. Sentado ante la mesa escritorio, Michel examina las cifras garrapateadas con prisa. Ciertamente, el examen no le satisface. Aquella misma mañana Seteuil acaba de indicarle lo que tendría que hacer. Deslumbrar a los ricos, halagar sus manías y vanidades. Y respecto al pueblo, rebajarse al nivel del vulgo, beber con los hombres, guñar el ojo a las mujeres, ser bonachón, ingenuo, hablar argot, soltar un dicho picante, no fastidiar a la gente con regímenes severos, visitar de vez en vez la taberna de la esquina, ser popular, hacer elogios de la carne de Faily. «Jamás lograré hacer eso», piensa Michel. Se oye el ronroneo del radiador de gas. Michel cierra a medias la llave, vuelve a sentarse en el despacho y se asume en sus cavilaciones. El gas, la factura, el carbón, la luz. Cuánto sube todo eso! Piensa en el anciano Hesdelot, con su cáncer. Precisamente los Hesdelot creen que Michel carece de energía. Puesto que el anciano vive todavía, algo puede hacerse, quizá una intervención... Por su propia iniciativa han

propuesto varias veces con insistencia: —¿No cree usted, doctor, que una intervención quirúrgica... ? Eso es lo más penoso, que la tentación parta de los propios clientes. Michel vacila y acaba él mismo por no ver claro. Después de todo, nadie sabe. La operación es, en efecto, la última posibilidad. Se han visto milagros. Y los Hesdelot son inmensamente ricos. ¡No se trata de unos pobres diablos! Michel, de buena fe, no sabe en absoluto si procede o no la intervención. ¿Se habría negado Domberlé, el viejo maestro? ¿Acaso la verdad lleva verdaderamente en sí una fuerza de persuasión suficiente para alcanzar el triunfo? ¿Y si al cabo los hombres se niegan a admitirla? ¿Qué equivocación esos regímenes, esas abstinencias que Michel impone a su clientela! ¡Qué propaganda tan contraproducente! Se apartan de él y acuden a Seteuil. ¡Por algo se han tragado golosamente vinos tónicos que saben a vermut! Y los propios colegas. ¡Eso es lo lamentable! Rehúsan aprender, niegan la evidencia y no se atreven a salirse de las enseñanzas que han recibido en la Universidad. ¡Hay demasiados médicos! Jamás la verdad sencilla y desnuda triunfará sobre esa multitud. No hay nada que hacer. Entonces, ¿no sería lo mejor seguir el camino de los demás? ¿Ejercer buenamente la medicina como todo el mundo? En aquel momento, la soledad, la renunciación a una vida de verdad como la de Domberlé, estremece a Michel. Aparta de sí la carpeta de las facturas, se levanta, da algunos pasos y se sienta en el diván donde se tienden los enfermos para la auscultación. Sintiendo incapaz de ganar tanto dinero como Seteuil, se inquieta un poco por su porvenir y se apodera de él una humillante sensación de inferioridad. Y trata de justificarse: —Es porque yo no quiero... Se siente herido en su amor propio. No está del todo seguro de que Seteuil no sea superior y más fuerte que él, en la batalla por la vida. Siempre, en cierta medida, uno juzga a los demás y a sí mismo según el dinero que ha sabido ganar. ¡El dinero! Aunque uno sobreponga a él la honradez y la conciencia no alcanza nunca a extirpar de sí mismo esa idea que representa, de todos modos, el signo infalible del valor de un hombre. —Yo tengo mi propia conciencia —se responde a sí mismo—. He hecho ya mi elección y he preferido seguir siendo un hombre honrado. Sí, pero ésta es a menudo la excusa de los débiles. Un recuerdo reciente acude a su mente, un recuerdo que ha procurado ahogar y combatir y que no obstante le obsesiona. Evoca la primera mañana que le llamaron los Lavaisne. ¡Qué emoción aquel día! ¿Por qué la sencillez de Evelyne, su delantal, sus manos emnegrecidas por el carbón del hornillo, le habían parecido tan desagradables y humillantes? ¡Apenas pudo ocultar su desazón, su mal humor! Y al pronto ¡qué repulsión porque un rico había solicitado sus servicios! Evelyne llama suavemente a la puerta. Michel se levanta. Ella entra. —¿Trabajas? —Acabo mis cuentas. —¿No sientes demasiado calor? ¿Puedo cerrar el radiador? —Sí, si quieres. Michel vuelve a sentarse. Evelyne cierra la llave del radiador. La llama se extingue con una pequeña explosión. Al pasar, Evelyne echa una ojeada sobre la mesa escritorio. No entiende nada de facturas ni de números. Sin decir nada se tiende en el diván y fija en su marido sus ojos negros llenos de ansiedad. Michel ha reanudado sus cálculos. Evelyne suspira contentadamente y sigue mirando de lejos a su marido que acaba por sentir sobre él esa mirada silente y ansiosa que nada se atreve a decir y que, no obstante, adivina las cosas. Michel, embargado por un sentimiento de emoción, se apiada de esa silenciosa inquietud, se levanta, se acerca a Evelyne, le coge dulcemente la mano, se inclina hacia ella y la besa en los ojos. Ella le devuelve el beso, un beso que expresa su emoción, sus temores y hasta su gratitud, una gratitud de perro fiel, agradecimiento del ser que teme siempre molestar. Y Michel, con voz casi jovial y reconfortante, exclama: —¿Qué tal, señora Doutreval? ¿Todo va bien? —Sí, Michel. ¿Y para ti? —Desde luego. Todo marcha bien, mujercita. Evelyne le sonrío. En aquellos ojos negros de criatura temerosa que tanto ha sufrido, hay un brillo de felicidad, una expresión de dicha y reconocimiento infinitos. Y porque ella parece feliz, también Michel, en medio de sus incertidumbres y sus dudas, siente invadirle el corazón una sensación de bienestar, un gozo singular y dulcísimo que no llega a explicarse. Lo que desazona y a veces abrumba verdaderamente a Michel es el espectáculo de esa medicina horra de principios generales, de todos esos desdichados enfermos curados. ¡Medicina sintomática! En el caso de la diabetes, por ejemplo, uno se hipnotiza con el azúcar. Uno no se da cuenta de que lo que ha alterado la secreción de azúcar en el hígado son sobre todo los venenos alimenticios. Por lo tanto, prohibición del azúcar, pero no de la carne, del alcohol, las grasas y la leche. Hasta el punto que la intoxicación del diabético se agrava. Y, sin embargo, muchos diabéticos se curan tomando un poco de azúcar y reduciendo la alimentación de carne, pescado y grasas. En las enfermedades del corazón ¡cuántas veces una purga ligera, zumo de frutas y un régimen de descongestión del hígado evitan una crisis cardíaca! Pues son los venenos de la alimentación lo que la provocan. Sin embargo, el médico se contenta frecuentemente con lacerar el corazón con inyecciones de aceite alcanforado o administrando digitalina. Y en cuanto a la sífilis, a nadie se le ocurre, en general, tomar en consideración las defensas naturales. Olvídase que la infección subsiste debido en parte a las toxinas alimenticias. ¡Inyectables! Se inyecta con verdadero frenesí hasta que el enfermo, agotado, se va al otro mundo. Ni siquiera se ha pensado que un régimen adecuado permitiría un tratamiento infinitamente más suave. ¿Y respecto a los niños? ¡Cuántas otitis, sinusitis, mastoiditis y amigdalitis tratadas simplemente con intervenciones locales! Se escarba la garganta, se cortan las

amígdalas, se practica una incisión en los cornetes nasales, se extirpan los pólipos, se trepanan los senos, y se cree ya haber cumplido sin preocuparse siquiera del defectuoso régimen de la alimentación que seguía el pequeño enfermo y que debiera ser modificado. Entre los colegas de Michel, la ablación de los pólipos y de las amígdalas, es cosa corriente y se practica en serie en el hospital. Michel provoca la sonrisa o la protesta de sus colegas cuando sienta la afirmación de que los pólipos o la inflamación de las amígdalas se curan solo mediante un régimen apropiado y una vida sana, y que la operación de las amígdalas no solamente no es inofensiva, sino peligrosa. La amígdala es un órgano de defensa, de secreción de productos tóxicos. La irritación de dicho órgano proviene de la cantidad exagerada de productos tóxicos a evacuar, sobreviniendo la inflamación microbiana como un hecho secundario. Extirpar el órgano sin prescribir ninguna modificación en el régimen es preparar el terreno para más graves enfermedades. De esta suerte comienza uno a darse cuenta que esa operación de las amígdalas pueden despertar antiguos focos de tuberculosis, favoreciendo además terriblemente la más peligrosa de todas las poliomielitides: la poliomielitide del asiento bulbar. Una cosa es segura: todos los días acuden a Michel niños que han sufrido una intervención afectados de apendicitis, temperatura, vómitos biliosos y hasta de tuberculosis ósea. ¡Cuánta verdad en la relación que el médico clásico juzga poder establecer entre una amigdalitis y una apendicitis, relación, no obstante, inexplicable a sus ojos! Con todo, suprimiendo las causas, prohibiendo los ácidos, las carnes tóxicas, cerdos, aves, el pescado, las drogas y los reconstituyentes, Michel cura a menudo sus pequeños enfermos sin intervención alguna y sin sufrimientos. ¡Pero cuán pocos de sus colegas lo entienden así! Asusta pensar que semejante error está sólida y oficialmente arraigado en los espíritus. Mas ¡qué agotador y doloroso papel saber, poseer la verdad y no lograr hacer aceptar, desgañitarse en el desierto, ver alrededor de uno cómo las gentes cuidan a ciegas de su salud y sufren inútilmente por ignorancia, cuando el alivio de sus males y su salvación estaría en sus manos con sólo que a uno le escucharan! Finalmente, la abuela Lavaisne ha muerto. Ya era hora. Su agonía resultaba ya fastidiosa para sus familiares. Cuando se han dejado materializar por el bienestar, los ricos soportan con impaciencia el más ligero contratiempo. Los Hesdelot se han arreglado. Para cuidar al abuelo canceroso han contratado los servicios de una enfermera y una religiosa. De esta suerte se ahorran las fatigas y los sufrimientos que quizá hicieran mella en su corazón. Para poner fin a su incertidumbre Michel llama a Roy en consulta. Tiene en él una confianza absoluta. Desde el caso de la señora Daubian, se dirige a Roy cuando se precisa intervenir a sus enfermos. Roy es lento. No deslumbra por su rapidez como Romagnol, el gran profesor, ni por sus audacias, como Lequesnoy. Pero su trabajo es clásico, pulcro, metódico. No «tropieza». Los enfermos se restablecen pronto. Practica la anestesia mediante un procedimiento empleado por uno de sus amigos: con éter caliente. Jamás sobreviene una congestión pulmonar. Roy visita al anciano Hesdelot. —Es inútil operarle. Que muera en paz. Al despedirse de Michel, Roy le ha invitado a pasar la tarde del sábado en su casa, con Evelyne. Toda la semana Evelyne está preocupada. Michel tendrá su abrigo nuevo; sólo le faltarán unos guantes. ¡Pero ella no tiene nada! Limpiado con éter, planchado bajo un trapo húmedo y adornado con una camelia artificial, su sencillo traje sastre no hará, espera, mal papel. Michel ha prometido comprarle un sombrero, un elegante gorrito de terciopelo azul que sólo cuesta cien francos. Afortunadamente, Evelyne conserva todavía los zapatos del día de su boda, una acertada imitación de piel de lagarto. Bajo los efectos de la luz parecen «verdaderos». Las mangas de su blusa de tafetán están deshilachadas. Evelyne las suprime. Ira con los brazos al aire. En todo caso, y con el pretexto de un resfriado, no se despojará de la chaqueta. Quedan las medias. Aunque las cuida con esmero, está atenta a la tensión de la liga, las enjuaga después de habérselas quitado y las pone a secar a la sombra, encima de una toalla; los tres o cuatro pares que poseía han acabado por deteriorarse. Economiza desde hace un mes para comprarse otras. Pero Michel ha hablado, durante la comida, de Daubian, ese hombre en tiempos poderoso y ahora un miserable obrero, cuya mujer quiere a toda costa darle hijos. Ahora está esperando uno y apenas si el marido gana lo suficiente... Evelyne ha ido a verlos, y allí se ha quedado el dinero de las medias. A fuerza de buscar, Evelyne acaba por encontrar dos medias con deterioros en el talón, pero desparejadas. Una es más clara que la otra. Pero ¿hay que plantear a Michel un nuevo problema por un par de medias? En el momento de salir, en el umbral de la puerta, Michel examina a Evelyne con una ojeada. Traje sastre gris, zapatos de piel de lagarto, medias de seda, una blusa de tafetán rosa cerrada en el flácido escote, con un delicado broche que podría ser de oro, y un sombrero de terciopelo azul. Confiesa a Evelyne que está «apetitosa», le da un beso y la conduce al «Citroen». Roy, un mocetón barbudo, de ojos negros y perfil árabe, les recibe sin muchos remilgos. Cuatro chicos y tres chicas no dan pie a mundanas cortesías. Mientras las dos mujeres preparan el café en la cocina, Roy conduce a Michel a su sala de operaciones. Es su orgullo. Sólo él sabe los cálculos, las noches en blanco y los sacrificios que le han costado este moderno instrumental, ese aparato de radio, esa atmósfera caldeada. Muestra su irrigador para los sueros que utiliza, entibiado, para las llagas. Explica sus «trucos», sus habilidades, los hilos que emplea, los útiles concebidos o mejorados por él, su retractor muscular automático, su mesa elevatoria y giratoria,

que se mueve accionando un pedal, para operaciones sin necesidad de ayudante. Desmonta su aparato para aplicar la anestesia con éter caliente. Sabido es que en los países tropicales, el éter, siendo tibio, no provoca nunca en los intervenidos las congestiones pulmonares que son en nuestras latitudes uno de los grandes peligros de la anestesia. Partiendo de este principio, un amigo y colega de Roy ha imaginado un aparato que calienta al baño maría los vapores del éter antes de que éstos penetren en los pulmones. De este modo el éter no resfría al enfermo, actúa rápidamente, el paciente lo absorbe en pequeña cantidad y se repone con gran celeridad, sin riesgo alguno de complicaciones pulmonares. Roy utiliza siempre este método. —¿Pero todo eso debería darse a conocer! —exclama Michel—. ¡Como hacen los demás! ¿Ese instrumental, ese aparato debe de ser divulgado! —No hay nada que hacer —le atajó Roy—. A mí, particularmente, Romagnol me ha puesto el veto. —¿El profesor Romagnol? —Sí. No simpatizamos. Y no de ahora, a decir verdad. Todo vino a propósito de un músculo elevador del ano... ¿Se ríe usted? Sin embargo, es verdad. A la sazón no era más que agregado y yo director de anatomía. Una mañana, en el anfiteatro, mientras Morel, mi «patrón» estaba disecando un cadáver en presencia de nosotros, sus alumnos, intervino Romagnol: «— Morel ¿podrías prestarme un cadáver? Quisiera practicarle para una intervención...» Morel le indicó un macabeo y Romagnol comenzó a dar hachazos. Morel examinó su trabajo y nos dijo que Romagnol buscaba, sin encontrarlo, el músculo elevador del ano. «—Te apuesto lo que quieras —dijo Morel a Romagnol— que cualquiera de mis estudiantes daría con él a la primera ojeada. —Por ejemplo... —dijo Romagnol» Entonces, Morel me llamó. «—¡Eh, Roy, acércate!» Así lo hice. «—Demuestra a Romagnol cómo se saca de su guarida el músculo elevador del ano.» No era tarea fácil. Bien lo sabe usted. Pero estaba acostumbrado a ello. Con aire de suficiencia (uno es joven, ingenuo y afanoso de éxitos fáciles) mostré a Romagnol y a los estudiantes el famoso elevador del ano. «Amigo mío, eso fue el fin. De buenas a primeras, a fines de año, Romagnol, prestando oídos a insidiosos y cobardes embustes, me suspendió en el examen. Un año después, murió Morel. Comprendí que más valdría renunciar a mi carrera profesional. Me agencié dinero y abrí mi clínica. «Lo que no ha sido óbice para que Romagnol se interpusiera siempre en mi camino. Es profesor e influye en todo el cuerpo médico. Para todo acuden a él: para una condecoración, una Legión de Honor, una roseta, para conseguir un destino o una recomendación para un compañero. Viejos médicos que confían en mí y que desde hace treinta años me mandan sus enfermos me dicen: «—Voy a prescindir de ti durante algunos años. No cuentes con las intervenciones que yo pueda proporcionarte. Mi hijo ingresa en la Facultad de Medicina y será examinado por Romagnol. Ya comprenderás que en tal caso mande mi clientela a Romagnol...» Además, Romagnol no se anda con chiquitas. A los hijos de los médicos que no colaboran con él, les espeta brutalmente: «—¿Su padre no tiene clientes que operar? —Ahora se comprende de dónde proviene la moda de compartir los honorarios —dice Michel. —¡Ah, claro, por supuesto! es el contrapeso ¡qué duda cabe! eso sitúa en un plano de igualdad la lucha contra el profesor. Ahí está el problema, amigo. Mientras el profesor se crea con derecho a cultivar la clientela, la medicina no dará un paso adelante. Roy permanece un instante caviloso, se acaricia su negra barba de emir y de pronto exclama: —¡Bah! ya vendrán tiempos mejores. Vamos a tomar el café. Coge del brazo a Michel y lo acompaña al comedor. Mientras, insiste sobre el tema que le obsesiona. —Lo mismo ocurre con mi aparato para dar irrigaciones. Cuando se trató de presentar el invento me encontré con una comisión presidida por Romagnol. Escucharon mis explicaciones en silencio. Luego con una sonrisa socarrona, Romagnol declaró: «—Excelente, Roy, su aparato es una maravilla, pero convendría modificar el aspecto, la forma... Hace pensar en una cánula de inyección...» Y todo terminó ahí. Ni una prueba, ni una simple visita a mi casa para examinar. Desde hace veinte años yo soy el único que me sirvo de él en medio de la indiferencia general. Y en cuanto al éter caliente, que es una medida acertada, una cosa merecedora de atención, el mismo silencio, la misma ignorancia universal. —¿No ha escrito usted? ¿No ha enviado usted nada a las revistas especializadas? —Al principio, sí. ¡Qué ingenuo era! En cuanto descubría alguna cosa, me afanaba por darla a conocer a todo el mundo. Pero me hacían maldito el caso y no me escuchaban. O hacían uso de mis hallazgos sin decirme nada, a escondidas, cuando el estudiante que yo era entonces se hallaba ausente... Ahora he comprendido. Sigo trabajando en silencio, investigo, practico innovaciones, procuro superarme... Ha visto usted mi instrumental, ha comprobado usted mi técnica operatoria... Nada de ello sale a la luz en Francia. No vale la pena. No tengo escuela alguna tras de mí, ni siquiera alumnos. Todo se perderá. La teoría no basta. ¿Muchachos, estudiantes jóvenes a quienes enseñar mis procedimientos? Cuando yo muera todo desaparecerá. A menos que uno de mis hijos... Vamos al salón. ¡Raymonde! ¡Raymonde! Deja a Michel en el salón, se encamina a la cocina y vuelve. —Las señoras han convertido la cocina en su Salón del Consejo y se han olvidado sin duda de las infusiones... ¡Vaya hospitalidad! ¡Bah! al cuerno los cumplidos, ¿verdad? ¿Fuma usted? Yo, tampoco. El tabaco me enerva, me desata los nervios. No puedo con él. Yo soy de índole calmosa, un vagotónico. Esta es mi fuerza. ¿Acaso no sabe usted que todas mis investigaciones y hallazgos en cirugía provienen de esta fuerza? Actuar lentamente, dejar al enfermo bajo la acción del éter sin peligro

alguno, aumentar la seguridad, hacer inútil la rapidez, el brío, suprimir el choque. En cambio, Romagnol es lo contrario. Es un cirujano que opera como en los tiempos de Napoleón Primero cuando no se conocía la anestesia ni la asepsia, cuando era preciso trabajar de prisa, cuando los segundos eran precisos. A este respecto, Romagnol es una maravilla. ¡Hay que verle extirpar una matriz! La rapidez es su triunfo. Evidentemente mis trabajos no podían en modo alguno satisfacerle. En una ocasión estuvo a punto de aniquilarme. El Tribunal le había designado perito en un proceso entablado por una de mis clientes. Con lo que denominaba «mis peligrosas innovaciones», Romagnol hubiera podido anularme. Afortunadamente interpuse apelación y gané el proceso. De otro modo hubiera sido la ruina de mi reputación y el fin de mi carrera. Ese es el peligro. No contar con ningún apoyo oficial. Mi influencia es nula. Cuando pongo en práctica alguna de mis innovaciones, lo hago por mi cuenta y riesgo. Si la cosa resultara mal sería la catástrofe. ¡Con qué placer se echarían entonces sobre mí! —No faltan recursos: la Prensa, los libros, los artículos... —Publico algunos. Pero no en Francia, sino en Bélgica, donde tienen buena acogida. Sólo que esa barrera intelectual constituye una verdadera frontera. Nadie viene a verme. Y en cirugía nada puede suplantar lo visto. Una técnica o un procedimiento operatorio no puede aprenderse en los libros. Todo se perderá. Es una lástima... »Por otra parte, tampoco yo puedo instruirme como quisiera, Doutreval. Me agradecería ver los nuevos procedimientos, asistir a las intervenciones. Pero en la facultad desconfían de mí. ¿Qué le vamos a hacer? Tengo allí a un enemigo demasiado poderoso. Nada me permiten ver y nada interesante hacen estando yo presente. Me he dado cuenta de la frialdad y la hostilidad con que allí me reciben... y he desistido de volver. —Quiere ir a París, a ver operar —dice la señora Roy mientras sirve el café—. Pero está lejos, el viaje cuesta dinero y perdería demasiado tiempo... —Así es —asiente Roy. —Sin embargo —arguye Michel—, en la Facultad he visto a algunos «patronos» llamar a un médico para que trabajara ante ellos, ante sus alumnos, hacerle preguntas y, sencillamente, instruirse a su lado. —Sí, sí. Pero no todos tienen esa modestia, esa grandeza. Eso es lo importante, amigo mío. Para consentir en ello hay que saber hacer caso omiso del propio orgullo, y, a veces de los intereses pecuniarios. Cuando uno se encuentra ante un hombre desprovisto de esa generosidad, encuentra el camino cerrado. Tal es mi caso. Con la mano se atormentaba la negra barba. —Esa «acumulación» —prosiguió—, ese derecho a captarse una clientela que se han irrogado los profesores es un gran mal, Doutreval. No es el público quien nombra a un profesor. El padre de éste consiste en juzgar el valor de una terapéutica, de una técnica operatoria y explicarla a sus alumnos. Eso aparte, se debe a todo el mundo, es decir, a los hospitales. Por supuesto, eso significa un aumento en los honorarios. Como usted, he conocido a personas como Norf. Profesores de prestigio, de renombre mundial, que se negaban a procurarse una clientela para consagrarse a su laboratorio... Para equilibrar su presupuesto, uno debía aceptar una consulta médica en la Oficina de Beneficencia, otro un cargo de médico forense... »Todos murieron. Sus sucesores cultivan los clientes y ganan decentemente su vida. Pero en la Prensa científica apenas se habla de los trabajos de sus laboratorios. »Mientras un profesor se dedique a agenciarse una clientela, no cabe duda de que le vendrá muy cuesta arriba decir a sus alumnos: «He invitado al doctor X a que ejecute ante vosotros una operación para la cual ha imaginado una técnica interesante.» Debiérase, a mi parecer, facilitar tal ocasión a todos los profesores, suprimiendo, empero, el elemento «competencia». «De no haber sido eso, yo hubiera ido a ver a Romagnol. Él habría examinado, hecho pruebas, investigado... No habría tenido razón al ponerme obstáculos y cerrarme el camino... —Peor ha sido así y nada puede hacerse. Roy se tira de los pelos de la barba. Asoma la melancolía en sus negros ojos de emir árabe. Mira a sus hijos, los dos mayores, que acaban de entrar fumando jactanciosamente el cigarrillo autorizado por su madre con motivo de la recepción. Y dice como para sus adentros: —En fin... ¿quién sabe? Quizá no todo desaparezca conmigo... Tal vez uno de mis hijos tendrá el don, «la mano» y a él podré confiar mi obra. Nada de lo que haya hecho será baldío. La riqueza de un hombre, como la de un pueblo, reside en sus hijos... —¡En este aspecto somos muy ricos! —exclamó la señora Roy. Y sonríe francamente sin el menor destello de amargura. Después de dejar el «Citroen» en el garaje, Michel, en la cocina, se quita los zapatos y la corbata. Evelyne se afana en el fregadero. —Vete a la cama —dice Michel—. Son ya las once. ¿Qué estás haciendo ahí? —Nada —contesta Evelyne, abriendo el grifo de agua fría. —Estabas encantadora esta noche. Te lo digo de verdad. Esta chaqueta, este sombrerito... Evelyne responde en tono de chanza: —¿No te has avergonzado de mí? ¿De veras no te he hecho quedar mal —¿Quieres ahora que te haga cumplidos? Pues no los tendrás. Evelyne sonríe. Descalza, con los zapatos en la mano, se dirige a la escalera. Al pasar junto a Michel, éste le da un beso. —¡No te entretengas! Estás cansada. Sin contestar, Evelyne, se pone a lavar las medias, las famosas medias de diferente tono. Nadie, ni el propio Michel, se ha dado cuenta de ello. Si se presenta la ocasión, aún podrán servir una o dos veces más. Buena razón para economizarlas. Las coge con las dos manos con gran cuidado para enjuagarlas, las pone a secar sobre la mesa entre dos toallas, y, contenta, se encamina a su dormitorio. (*Buffalo law journal online*).

Audiolibro Cuerpos Y Almas M
Van Der Mersch Libro Segundo
Segunda Parte Cap Tulos 1 Al
3

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>